
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
EL HOMBRE
de AYER
por el PROFESOR HASLEY

PROFESOR HASLEY

EL HOMBRE DE AYER

■

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO



CAPITULO PRIMERO

DESPUÉS de la aparición del extraño emisario, que fue recibido por el Estado Mayor norteamericano en el Polígono de Tiro de Nueva York, el Gobierno de los Estados Unidos no pudo ocultar por más tiempo a la opinión pública la dramática situación que se le planteaba al mundo.

El breve comunicado dirigido al pueblo de los Estados Unidos y a todos los gobiernos de la Tierra, decía así:

«Un poderoso y desconocido enemigo amenaza a la Tierra. Su pretensión consiste en esclavizar a todos los pueblos, bajo la amenaza de producir un cataclismo general, en caso de que no

accedamos a sus deseos. Este enemigo, cuyo pseudónimo es «El Hombre de Ayer»i dispone de poderosos y desconocidos medios de acción que han provocado serias catástrofes en el territorio de los Estados Unidos y en otros países de la Tierra. El Gobierno de los Estados Unidos, no puede ocultar la gravedad de la situación, y comunica al pueblo americano y a todos los gobiernos de la Tierra, que se siente incapacitado para aceptar toda la responsabilidad de una contestación al ultimátum recibido.

La imposibilidad de celebrar un referéndum, al objeto de que decida el pueblo cuál debe ser nuestra actitud, nos obliga a dar este comunicado. Esperamos que la opinión pública se manifieste, por todos los medios a su alcance, al objeto de tomar una decisión.

Así mismo, esperamos de los demás gobiernos se dirijan telegráficamente al nuestro, para indicarnos cuál es su posición respecto a este grave problema.

La paz y quizá la vida del planeta está amenazada seriamente. El Gobierno de los Estados Unidos espera que cada hombre obre con plena conciencia de los hechos, en el grave momento por que atraviesa la humanidad. Esperamos que, en las próximas cuarenta y ocho horas se habrá decidido la actitud que debemos adoptar.

Que la Providencia nos ilumine y ayude en este difícil trance».

Esta proclama, firmada por el Presidente, causó la más grande sensación que registra la Historia. Muchos países de la Tierra solicitaron una ampliación de detalles y la prensa y radio de los Estados Unidos hizo un relato detalladísimo de todos los acontecimientos.Como un clamor unánime, venido de los cuatro puntos cardinales, se levantó una sola palabra que todo lo significaba: Resistir.

Todos los países de la Tierra hicieron una movilización general de sus efectivos, disponiéndose a luchar hasta la muerte, antes que aceptar la esclavitud que proponía el misterioso agresor.

Todos los servicios de información y contraespionaje del mundo intercambiaron sus informaciones, al objeto de intentar descubrir quién, o quiénes eran los misteriosos atacantes, sin que pudieran aducir ninguna luz sobre el asunto. Se construyó un Estado Mayor General Conjunto, bajo la presidencia de los generales Donovan y Zarkov. Las flotas de todo el mundo quedaron bajo la dirección del almirante inglés Harding, y la aviación quedó al mando directo de Klausen, Jefe de la aviación alemana.

Durante varios días, el misterioso enemigo no dio señales de vida: pera al noveno día de constituido el Estado Mayor, un terrible bombardeo atómico destruyó la ciudad de Moscú y tres de los

centros de investigación atómica de dicha nacionalidad.

Lo más desesperante es que el enemigo atacaba de manera imprevista y sin dejar huella de su posible origen.

Lo desconcertante del caso era que el ataque a Moscú había sido realizado por un avión tipo «Ala Volante», como el empleado hacía muchos años para la primera prueba realizada por los Estados Unidos con una bomba de hidrógeno.

Entre muchos comentarios que suscitaba la situación, iba creciendo el rumor de que la Tierra era atacada por seres de otro planeta.

Así estaba la situación, cuando llegó un mensaje al Estado Mayor Conjunto que se asentaba en un secreto lugar del desierto de Arizona:

«Una poderosa: flota, que no ha respondido a las señales lanzadas desde diversos puestos de las islas del Océano Pacífico, ha pasado a la altura del Archipiélago de las Islas Marshall, en dirección a las costas occidentales de los Estados Unidos. La flota no ha podido ser avistada antes. Se supone procedente de las costas asiáticas».

El Almirante Harding leyó otra vez el telegrama transmitido por el servicio directo.

—No lo comprendo —dijo secamente, haciendo un esfuerzo por conservar su flema.

—¿Qué es lo que no comprende? —preguntó el general Donovan.

—No comprendo de dónde puede haber salido esa flota.

—Tal vez haya estado escondida en algún lugar solitario del norte de Asia —intervino Zarkov.

—No puede ser, general —replicó Harding—. No se puede ocultar fácilmente una flota de esa envergadura. Ni se puede construir sin que ningún país de la Tierra tenga idea de ello.

—Si no fuera que esa flota se dirige hacia las costas de los Estados Unidos, y que yo me encuentro aquí con ustedes, no me lo creería. Hubiera creído a ojos cerrados que se trataba1 de una estratagema, —dijo Zarkov.

—La realidad se impone y es preciso obrar con rapidez —dijo Donovan—. ¿Qué fuerzas podemos oponerle, Almirante?

—He dado órdenes a la flota australiana, reforzada por algunas unidades francesas, que intercepten el paso de nuestros enemigos. También he ordenado a las unidades americanas con base en Honolulu que desciendan hasta encontrarse con la flota franco-australiana para presentar batalla a los misteriosos atacantes. Si

todo sale según mis cálculos, se entablará combate a la altura de la islas Christmas.

Los cuatro hombres allí reunidos miraban con atención el mapa que había extendido el Almirante Harding en el que, señalado con lápiz rojo, se encontraba el lugar donde debía librarse el combate.

—Está bien —dijo Donovan—. Es conveniente que una poderosa formación aérea se dirija hacia las Islas Christmas en apoyo de nuestras unidades navales.

—Ordenaré que salgan todos los aparatos disponibles de las bases del Océano Pacífico —dijo Klausen—. También pueden salir varias escuadras con base en los Estados Unidos.

—De acuerdo —exclamó Donovan—. Pero ordene que ataquen a la flota enemiga con explosivos no atómicos, pues podrían afectar a nuestras propias unidades.

—Creo que sería conveniente —intervino Zarkov— que algunas formaciones aéreas salieran de nuestras bases en Siberia, al objeto de cortar la retirada de la flota enemiga, si es que retrocede ante el ataque de nuestras fuerzas aeronavales.

—Me parece una buena idea —comentó Klausen.

Poco después, la compleja red de comunicaciones del Estado Mayor Conjunto, impartía las órdenes necesarias para que la acción se desarrollase según los cálculos previstos.

—Esta vez podremos verle la cara a nuestro enemigo —comentó el Almirante Harding—. Una flota no es lo mismo que una escuadra aérea, que puede atacar por sorpresa y desaparecer. Tanto si perdemos como si ganamos esta batalla, dispondremos de datos sobre nuestro enemigo, mucho más concretos que los que ahora tenemos.

Durante varias horas fueron llegando al Estado Mayor las comunicaciones de los distintos jefes navales y aéreos, que iban realizando tácticamente el plan estratégico marcado por el Estado Mayor. Desde las bases de Honolulu, las poderosas unidades americanas descendían a toda velocidad sobre las Islas Christmas, mientras las unidades franco-australianas seguían el camino inverso, para confluir sobre dichas islas, formando un gran ángulo que limitaba la posibilidad de maniobra de la flota atacante. Luego fueron llegando los despachos de los jefes de la flota aérea, que habían avistado al enemigo y daban referencias constantes sobre su posición.

Por fin llegó el comunicado del almirante Dubois, jefe de aquel sector de operaciones:

«Flota enemiga a la vista, a treinta grados al norte del

Archipiélago de las Christmas. Unidades franco-australianas se encuentran un poco alejadas de la zona de operaciones. En este momento iniciamos el combate»

Durante varias horas se fueron recibiendo partes del almirante Dubois. La flota enemiga avanzaba impertérrita bajo el fuego de los cañones de las unidades aliadas; y vomitaba toneladas de explosivos sobre los barcos aliados. Cada vez los partes eran más desconcertantes: «La flota enemiga avanza incesantemente. Hemos conseguido numerosos blancos y sin embargo no observamos ninguna avería en los navíos enemigos».

Más tarde se recibía otro parte:

«El enemigo dispara de una manera confusa sobre nuestros barcos. Al parecer emplea obuses de poca penetración, de forma que nuestras unidades resisten relativamente bien sus impactos. Aún así, nuestras bajas son muchas».

Los partes enviados por los jefes de la flota aérea eran igualmente desconcertantes.

Los cuatro jefes del Estado Mayor se encontraban totalmente desorientados ante la gran cantidad de extrañas noticias que se recibían.

— ¡Pero, es que estamos luchando contra fantasmas! —dijo fuera de sí el general Zarkov.

—Creo que debo dar órdenes a mis hombres para que ataquen en picado a la flota enemiga.

—Creo que será lo mejor —dijo Donovan.

Klausen comunicó directamente con el jefe de las escuadras que operaban sobre la zona y comenzó el bombardeo de la flota enemiga.

Pasó una hora más y el desconcierto fue subiendo de tono.

El almirante Dubois dio otro comunicado dramático:

«Unidades franco-australianas han abierto el fuego sobre el flanco derecho de la flota enemiga. Combatimos a una distancia inferior a los veinte kilómetros. Estoy desconcertado. En estos momentos se escucha una extraña serie de ruidos que no sabemos a qué atribuir. Seguiremos combatiendo hasta...»

El mensaje del almirante quedó interrumpido aquí. Aunque los hombres del Estado Mayor intentaron comunicar con cualquiera de las unidades que intervenían en la operación, no lo consiguieron.

Una hora más tarde una escuadrilla de observación comunicaba la asombrosa noticia:

«Flota enemiga sigue progresando hacia las costas de los Estados Unidos. Todas nuestras unidades han sido hundidas y la mayor

parte de los aviones derribados.»

Los cuatro jefes del Estado Mayor se miraron con el más vivo asombro reflejado en sus ojos.

—¡Eso no puede ser! —gritó Zarkov— ¿Qué clase de barcos son esos? ¿Cómo es posible que hayan podido destruir en tan poco tiempo a las poderosas formaciones aeronavales que hemos enviado contra ellos?

—Señores —dijo el Almirante Harding—, confieso que soy incapaz de dar la menor explicación a lo sucedido. Me encuentro tan sorprendido que no estoy seguro de no estar soñando una horrible pesadilla.

—Luchamos contra un poder desconocido —dijo Donovan—, sin embargo no podemos perder tiempo en lamentaciones. Es preciso lancemos nuevas fuerzas al combate.

—He recibido un comunicado —dijo Klausen— de las fuerzas despegadas de sus bases de Siberia. Dentro de dos horas estarán sobre la flota enemiga dispuestas para el ataque.

—Dé orden de que retrasen el ataque hasta que les avisemos.

—¿Qué pretende, general Donovan?

—Es de suponer, amigo Zarkov, que las formaciones aéreas rusas no tengan más eficacia que la obtenida por nuestros aviones.

—Les he de comunicar —dijo con tono grave el general Zarkov — que en esas formaciones van tres tipos de aparato completamente desconocidos para ustedes, provistos de un modelo secreto de cañón electrónico, de una potencia similar a la de un gran acorazado. Son modelos supersecretos, que habíamos fabricado para la defensa de nuestro territorio —terminó Zarkov a manera de disculpa.

El general Donovan miró largamente a su colega.

—Me alegro de que, al fin, podamos colaborar sinceramente. Agradezco la información que nos da y le cambiaré secreto por secreto: esos tres tipos de avión «supersecretos» son el «Kazán-4», el «Rubaschef» y el «Tundra-1». En cuanto al nuevo tipo de cañón le diré que hace ocho meses que hemos conseguido dotar a nuestros aviones, de gran radio de acción, de uno semejante, sólo que nos cuesta trece mil quinientos rublos más económico que el de ustedes, ya que hemos perfeccionado un poco el proceso de fabricación.

Cuando Donovan hubo terminado estas palabras, una amistosa y picara sonrisa se había esbozado en sus labios.

—¡Por vida d…! ¡Y nosotros que creíamos que íbamos a darles una buena sorpresa!

A pesar de la difícil situación con la que se enfrentaban aquellos hombres, no pudieron menos que echarse a reír ante aquel

inesperado encuentro de sorpresas. Luego el general Donovan continuó:

—Mi plan es hacer que esos aviones avisten a la flota enemiga, pero que permanezcan alejados del radio de acción de sus cañones antiaéreos; mientras tanto ordenaremos que una nueva flota salga al encuentro de nuestros atacantes. Pero esta vez, la flota llevará consigo una flotilla, en inmersión, de submarinos atómicos.

En pocas palabras se pusieron de acuerdo respecto a este particular y poco después se cursaban las órdenes necesarias para poner en práctica el nuevo plan.

CAPITULO II

UNA poderosa flota americana salió de las costas occidentales de los Estados Unidos, al encuentro de la flota enemiga.

Burton y Malone se encontraban en su puesto de mando como primero y segundo jefes de la flotilla de submarinos atómicos, compuesta por cinco unidades de inmersión indefinida.

—¿Has revisado ya los torpedos, Burton?

—Sí, profesor —dijo Burton mientras se sentaba en una pequeña butaca del departamento de Malone—. Todo está en orden. Las cargas de hidrógeno están en su sitio y la simple pulsación del botón de disparo lanzará los torpedos atómicos contra nuestros enemigos.

—¿Y el resto de la flotilla, cómo va?

—Todo está en orden, profesor. El profesor Richardson acaba de comunicarme que se encuentra dispuesto para el ataque, con sus dos unidades. De Kipper estoy esperando la comunicación de un momento a otro.

—¿Te has percatado de que siguen las instrucciones que hemos dado a la salida?

—Sí. La flotilla navega a cincuenta metros de profundidad. El contacto por radio es continuo,

—Está bien. Creo que avistaremos al enemigo dentro de dos horas.

Los dos hombres se inclinaron sobre la carta de navegación que tenía extendida Malone sobre su mesa.

La flota de superficie habrá salido de la península de California, mientras que la flotilla de submarinos atómicos lo había hecho desde su base secreta en la isla de Vancouver. El plan de operaciones era bien sencillo: la flota de superficie atacaría de frente a la flota enemiga, mientras que la flotilla atómica descendería desde el norte, para coger de flanco a la flota fantasma. En caso de que fueran derrotadas las unidades de superficie, las unidades atómicas entrarían en acción sin tener en consideración el posible riesgo.

Malone consultó algunos instrumentos e hizo unas mediciones sobre el mapa.

—Si continuamos a esta marcha alcanzaremos a la flota enemiga

al noroeste de las islas Sandwich. Quizá lleguemos una hora antes que nuestras unidades de superficie.

En este momento, el Jefe de navegación pasó un comunicado a Burton:

—El profesor Kipper comunica con nosotros, profesor.

—Pase la comunicación aquí mismo —ordenó Malone.

Poco después se oía la voz de Kipper, a través del altavoz.

—Aquí, Kipper, para informar.

—Aquí, Burton. Escucho.

—Cargas de hidrógeno preparadas. Todo en orden y dispuesto para el ataque.

—Está bien, profesor. No pierda el contacto con nosotros y con el resto de unidades de la flotilla.

—Descuide, Burton. Pongo mis cinco sentidos en las cosas. Estoy casado y tengo tres hijos.

—Espero que esta vez conseguiremos hundir a los agresores. No pierda el contacto. Cierro.

Burton interrumpió la comunicación y quedó sumido en un pensativo silencio.

—¿En qué piensas?

—En todo y en nada, profesor. Los acontecimientos se han precipitado de tal modo que no le queda a uno ni tiempo para pensar.

—Sin embargo es preciso pensar, hijo mío. El Estado Mayor está haciendo una guerra a su manera. Después de todo no les queda otra alternativa.

— ¡Pero esto no es una guerra como las demás!

—Ya lo sé, pero el enemigo no nos ha dado tiempo para nada. Los mejores agentes del servicio de información de todo el mundo están lanzados en su búsqueda, sin conseguir el menor resultado. Parece corno si todo el mundo estuviera en guerra contra un solo personaje, al cual le es fácil esconderse. Ese «Hombre de Ayer», más bien parece un fantasma que un ser real, incluso su nombre resulta fantástico y sin sentido.

—La existencia de un hombre que se ocultara en todo el mundo es fácil de comprender. Lo que resulta completamente absurdo es la cantidad de medios de que dispone. Aviones que no dejan huellas tras de sí. Barcos invulnerables que avanzan fatalmente. Emisarios semidesnudos que parecen venidos de otro tiempo, en fin, algo que más bien parece una pesadilla que una realidad.

Los dos hombres siguieron hablando largamente sobre el asunto. Burton fue esbozando hipótesis ante el profesor Malone, que a veces

las desechaba por medio de un sereno y profundo razonamiento, mientras que en otras ocasiones fruncía las cejas en señal de duda, dándole algún valor a las audaces sugerencias de Burton.

Así fue pasando el tiempo, hasta que el jefe de navegación interrumpió la charla de los dos amigos.

—Si no son erróneos mis cálculos nos encontramos en la zona de operaciones.

—Vamos a comprobarlo —dijo Burton.

En pocos minutos, Burton y Malone hicieron un cálculo sobre la trayectoria seguida por la flotilla atómica.

—Sí, estamos en el extremo norte de la zona delimitada como campo de operaciones. Creo que debemos accionar el periscopio de refracción.

—Vamos allá, Burton.

Los tres hombres se dirigieron hacia la cabina de mandos del sumergible. Una complicada serie de aparatos se esparcía, llenando casi por completo la amplia habitación.

—Afortunadamente nuestro submarino es grande —comentó el jefe de navegación—. Todos estos instrumentos no hubieran cabido en ninguno de los submarinos de la última guerra mundial; ni siquiera en el «Nautilus».

Burton iba accionando con precisión matemática los diversos instrumentos que constituían el periscopio de refracción. Era éste un aparato en cuya invención había participado en manera muy importante el propio Burton. En síntesis, estaba constituido por una gran pantalla sobre la cual, y a través de una red complicada de aparatos, venían a convergir los rayos luminosos, reflejando una amplia zona de la superficie del mar, de forma que podía hacerse una observación detallada de la misma, sin necesidad de que el submarino se acercara a la superficie.

—Ya está preparado —comentó Burton en voz alta.

El jefe de navegación apagó la luz y luego dio a otro conmutador inundando la cabina con una suave luz verde, mientras que la pantalla emitía una fosforescente luz amarillenta; luego la luz amarillenta fue cambiando de tono hasta convertirse en luz blanca. Foco después la pantalla mostraba una gran superficie del mar en sus colores naturales. Burton fue girando lentamente un pequeño volante que tenía asido con las manos y la superficie del mar fue deslizándose en la pantalla. De pronto se detuvo.

—¡Ahí están!

En los confines más lejanos de la zona marina podían observarse una serie de puntos obscuros que, formando ángulo, avanzaban

lentamente. Burton movió una pequeña palanca los puntos se agrandaron ante los ojos de los observadores.

—¡Demonios; es una poderosa formación naval; —dijo el jefe de navegación.

Burton pudo contar más de ochenta unidades, que avanzaban empenachadas por el humo de sus chimeneas.

—Reduzca la velocidad veinte millas —ordenó Malone.

El jefe de navegación transmitió la orden oportuna a la sala de máquinas y el sumergible comenzó a navegar lentamente.

Según había previsto Malone, habían acudido al lugar de la cita media hora antes que la flota de superficie. Los tres hombres miraban casi sin pestañear hacia el lugar de la pantalla donde se reflejaba la ilota enemiga. En el cerebro de cada uno de ellos surgía el mismo interrogante, que llenaba de duda y de esperanza sus corazones: ¿Conseguirían derrotar esta vez al implacable enemigo? ¿Qué sucedería si no lo lograban?

Burton comunicó nuevamente con Richardson y Kipper, quienes le manifestaron que todo estaba en orden y dispuesto para entrar en acción.

El tiempo fue pasando mientras las unidades de la flota enemiga iban adquiriendo mayores proporciones en la pantalla del periscopio de refracción.

De pronto, el Jefe de navegación, lanzó un ligero grito.

—¡Ya están ahí, ya están ahí! Son nuestros barcos, que se acercan a toda la marcha de sus máquinas, en dirección a la flota enemiga.

En el otro extremo de la pantalla habían aparecido una serie de pequeños puntos que indicaban claramente la presencia de la flota aliada. Burton los miró detenidamente durante unos instantes y luego ordenó, por el equipo de radio interior, que todos los hombres estuvieran en sus puestos, para entrar en combate en el mismo instante en que se diera la orden. Durante unos minutos el interior del gran submarino fue un hervidero de rápidos movimientos, avivados por las secas órdenes de los oficiales. Había llegado el momento de la gran prueba y todos estaban deseosos de entrar en acción para intentar alejar de una vez la terrible amenaza que se cernía sobre los pueblos civilizados.

El tiempo fue pasando y las dos flotas fueron acortando las distancias. La primera en abrir fuego fue la flota enemiga. Una salva de estruendosos cañonazos llenó el aire con su horroroso bramido.

—El comandante de esa flota está loco —comentó el jefe de navegación—. Por mucha potencia que tengan esos cañones, los

disparos han de quedar más de treinta kilómetros cortos.

El jefe de navegación tenía motivos sobrados para saber lo que se decía. Las columnas de agua levantadas por las explosiones quedaban a más de treinta kilómetros de las primeras unidades de la flota aliada.

—No comprendo cómo se les ha ocurrido hacer eso —comentó Malone.

Un fuego graneado y totalmente ineficaz siguió a la primera andanada, mientras la flota aliada avanzaba imperturbable, para situar al enemigo a tiro de sus cañones. Los minutos fueron pasando y en el cielo comenzaron a divisarse las formaciones aéreas venidas de Siberia.

—Va a comenzar el ataque.

No había terminado de pronunciar Burton estas palabras cuando ya las primeras formaciones aéreas descendían vertiginosamente, lanzando una nube de proyectiles de gran calibre sobre los barcos enemigos.

La mayor parte de la flota contraria quedó envuelta en un mar de humo y espuma, entre los agudos silbidos de los proyectiles y el estruendo de las explosiones. Cuando todas las escuadras hubieron dado la primera pasada, se remontaron vertiginosamente para preparar la segunda vuelta. El fuego de los cañones enemigos había cesado y la visibilidad desde el submarino era muy deficiente.

—¡Hurra! —gritó el Jefe de navegación—. ¡Lo han conseguido, lo han conseguido! ¡Han conseguido hacer callar los cañones enemigos!

Burton y Malone miraban ansiosamente la pantalla, en espera de que se disipara la nube de humo que cubría la mayor parte de la zona de operaciones. En aquel instante, los barcos de superficie aliados abrieron un intenso fuego con sus baterías y una formidable barrera de torpedos hendió las aguas en dirección a la posición ocupada por la flota enemiga. Durante varios minutos continuó aquel fuego infernal, mientras la flota enemiga guardaba el más profundo silencio. Los cañones aliados callaron, en espera de que se disipara la nube de espuma y humo, al objeto de comprobar el daño causado al enemigo.

La sorpresa de los hombres que miraban ansiosamente la pantalla del periscopio de refracción no tuvo límites cuando se disipó la atmósfera.

La flota enemiga seguía avanzando imperturbable, sin que ni una sola de sus unidades hubiera sido afectada por el demoledor bombardeo.

—¡Por Neptuno, que debo estar soñando! —exclamó el Jefe de navegación—. Esos endemoniados barcos parecen invulnerables a nuestros disparos.

El oficial de comunicaciones transmitió un aviso al profesor Malone: «Comandante Jefe de la Flotilla de superficie al habla con el Jefe de la Flotilla Atómica.

Burton y Malone alcanzaron rápidamente la cabina de comunicaciones y se pusieron en contacto con el jefe de la flota.

—El profesor Malone al habla. Escucho.

—Ataquen al enemigo con los torpedos atómicos —ordenó el jefe de la flota.

—¡Eso no puede ser, Almirante! Si hacen explosión nuestros torpedos atómicos, toda nuestra flota de superficie sufrirá los mismos efectos que la flota enemiga, pues se halla dentro del radio de acción de las explosiones.

—Profesor Malone, le ordeno a usted que ataque sin pérdida de tiempo. Nuestras armas son ineficaces y no hay más remedio que atacar con proyectiles atómicos. La gravedad de la situación requiere el sacrificio de nuestros hombres. Espero que ustedes cumplan con su deber.

La comunicación quedó interrumpida. Burton y Malone se miraron en silencio, conmovidos por las palabras del Almirante, y sobre sus corazones gravitó el peso de la responsabilidad que les incumbía.

—Vamos allá, Burton. Dé las órdenes oportunas —dijo el profesor con voz temblorosa.

—¿Atacamos desde la superficie? —preguntó Burton.

—No es necesario. Nuestros torpedos serán igualmente eficaces lanzados desde esta profundidad y para mí será un verdadero placer ahorrar víctimas.

Burton transmitió las órdenes oportunas a toda la flotilla y en pocos minutos quedó todo dispuesto para el ataque.

Las espoletas de explosión regulada fueron graduadas según los cálculos de distancia hechos por el profesor Malone. Burton miró una vez más la pantalla del periscopio y calculó la posición de la flotilla.

—Estamos situados idealmente para abrir fuego. Cuando usted quiera, profesor.

El profesor Malone tenía la cara lívida y apretaba los puños hasta que los nudillos se le quedaron completamente blancos. Su corazón latía aceleradamente y su mirada tenía un tinte febril. A una orden suya, miles de hombres de la propia flota morirían. El

radio de acción de las explosiones atómicas rebasaba ampliamente el lugar ocupado por las dos flotas contendientes. Los submarinos podrían salvarse si maniobraban rápidamente para alcanzar una mayor profundidad, pero ningún barco de superficie conseguiría salvarse de la catástrofe.

Burton comprendía perfectamente el estado de ánimo de aquel hombre. Durante toda su vida había laborado incansablemente en el campo científico, no para destruir a sus semejantes sino para proporcionarles nuevos elementos de vida.

—¿Quiere que dé yo la orden, profesor?

El profesor Malone no contestó en el acto. Un angustioso silencio inundaba la cabina de mando y casi se escuchaba el latir de los corazones. El viejo profesor hizo un acopio de valor e irguió la cabeza

—No, Burton, no. Es un deber que a mí me corresponde cumplir y lo cumpliré a pesar de que mi corazón se resiste a ello. Los hombres que van a morir no han vacilado en ofrecer el sacrificio de sus vidas en aras de nuestra justa causa y yo tampoco debo vacilar en ofrecer el sacrificio de mi conciencia.

Dichas estas palabras, el profesor se irguió en toda su estatura y cogió con mano firme el micrófono que lo comunicaba con la cabina de torpedos.

—Preparados para disparar.

—Tubos uno, dos, tres, cuatro, cinco y seis, preparados —contestó el Jefe de tiro.

—¡Fuego!

Una ligera sacudida conmovió al sumergible. El profesor quedó con la boca junto al micrófono y con voz tenue comenzó a musitar una oración.

—¡Al fondo a toda velocidad! —gritó Burton estentóreamente.

La nave picó de proa y se dirigió hacia el fondo del mar. Cuando Burton llegó ante la pantalla del periscopio de refracción vio cómo surgían a la superficie los seis torpedos atómicos, que se dirigían a toda velocidad hacia la silenciosa flota enemiga, dejando tras sí una estela de espuma. Poco después una horrorosa explosión convirtió en una fulgurante llamarada la atmósfera que cubría a la flota enemiga. El submarino, a pesar de haber alcanzado una profundidad de cuatrocientos metros, fue sacudido en una tremenda convulsión. Luego el silencio.

Aunque la pantalla del periscopio reflejaba nítidamente la dantesca escena, era imposible ver lo que había sucedido. Tuvo que transcurrir más de un cuarto de hora para que la siniestra nube

radioactiva fuera ascendiendo y se hiciera visible la zona de la explosión.

Casi la totalidad de la flota aliada había sido destruida a consecuencia de la explosión atómica. Solamente dos barcos que se encontraban algo más alejados permanecían todavía a flote, aunque era cuestión de pocos minutos el que se hundieran.

Burton giró suavemente el volante del periscopio y enfocó la zona ocupada por la flota adversaria y un grito de asombro se escapó de sus labios. Los navíos enemigos continuaban su marcha imperturbable y sus cañones disparaban inútiles cañonazos contra un enemigo que ya no existía.

Un tumulto de encontradas emociones se adueñó del corazón de Burton. Con ojos desorbitados miraba fascinado el imperturbable avance. A su lado el profesor Malone y el Jefe de navegación comentaban con asombro el resultado del ataque.

—No luchamos contra seres humanos. Estamos luchando contra diablos —murmuró con voz entrecortada el Jefe de navegación.

—Tal vez nos hayamos merecido este castigo de Dios —dijo Malone.

—¿Ordeno un nuevo ataque? —preguntó Burton que iba reaccionando lentamente.

—Es inútil, hijo mío. Todo es inútil. Volvamos a nuestra base a dar la triste noticia.

Poco después la flotilla emprendía el rumbo hacia los Estados Unidos llevando el desaliento en el corazón de los hombres que la tripulaban.

CAPITULO III

BURTON y Malone regresaron sin novedad a la Base Atómica de la isla de Vancouver. El mismo Almirante Jefe de la Flota Aliada, Harding, salió a recibirles en cuanto desembarcaron. A pesar de la flema que caracterizaba a aquel hombre, su rostro apenas podía disimular la gran preocupación que le embargaba.

—Dígame. Explíquenme qué ha sucedido.

El profesor Malone lo miró largamente y habló con voz sentenciosa:

—Hemos conseguido destruir nuestra propia Escuadra. Hemos sembrado la muerte entre los nuestros y el enemigo ha salido incólume.

Harding guardó silencio ante aquellas palabras, e invitó a los dos profesores a que subieran al coche que los esperaba. En pocos minutos llegaron a la residencia donde tenían instalado su cuartel general provisional. Con un gesto los invitó a sentarse alrededor de una mesa y con su propia mano sirvió un whisky a sus colaboradores. Luego que hubieron consumido el contenido de los vasos, el Almirante Harding volvió a tomar la palabra.

—Hemos oído por radio la orden que le dio el Almirante Schaffen. Le digo, para su tranquilidad de conciencia, profesor Malone, que esa orden estaba avalada y sugerida por el Estado Mayor Central. Comprendo sus sentimientos, pero es preciso sobreponerse a ellos.

—El profesor está abatido —comentó Burton—. Si usted me lo permite, Almirante, haré un relato de las operaciones.

—Si. Me parece lo mejor.

Burton hizo un detallado relato de cuanto había sucedido. El Almirante Harding escuchaba con profunda atención y sus cejas fruncidas indicaban todo el asombro que sentía al oír aquello.

—El profesor Malone —continuó Burton, después de haber hecho el relato de los principales acontecimientos—, dio, pues, órdenes de que no volviéramos a atacar a la flota enemiga. Yo creo que estaba justificado. Disparamos seis torpedos de hidrógeno atómico y la flota contraria no sufrió el menor daño. En esas condiciones, creo que hubiera sido inútil el que insistiéramos.

—Hicieron ustedes bien.

—Aunque estábamos dispuestos a jugárnoslo todo en esa batalla, no era necesario malgastar vidas.

—En verdad no sé qué pensar de esto. Parece que el enemigo es invulnerable a nuestras armas.

—Luego emprendimos el camino de regreso a toda la potencia de nuestros motores. Por los cálculos que hemos hecho sobre la marcha de la flota enemiga, creo que hemos llegado con más de cuarenta horas de ventaja.

—¿Y qué características eran las de esos barcos? -preguntó Harding.

—Usted sabe, Almirante, que yo no entiendo demasiado de esas cosas. Sin embargo, creo poder decir que se trataba de barcos bastante anticuados No vi ni uno solo de los modernos tipos que hoy se conocen.

—No comprendo cómo siendo barcos anticuados podían sufrir un ataque atómico sin el menor menoscabo.

—Almirante —dijo Burton, concentrándose en las palabras que iba a pronunciar—-, sé que mis hipótesis no son vistas con agrado en el Estado Mayor, compuesto todo él por hombres totalmente realistas; pero he de insistir en los puntos de vista que en otras ocasiones he manifestado. La única explicación posible que encuentro a este profundo misterio es el de que esos barcos no existían.

—Pero profesor, yo comprendo que la situación es desconcertante; más ¿cómo no vamos a creer en la existencia de unos barcos que hemos visto, que incluso se han fotografiado, cuyos disparos hemos oído, e incluso tenemos constatadas las bajas que nos han causado?

—¿Y cómo pensar, Almirante, —contestó Burton—, que unos anticuados buques puedan sufrir un terrible bombardeo de la aviación y más tarde el impacto de seis torpedos atómicos sin que se les ocasione el menor daño?

Harding guardó silencio unos momentos, comprendiendo la profunda lógica de los razonamientos de Burton.

—Estamos en el mismo sitio que estábamos —comentó—. Cualquier explicación que pretendamos dar del asunto resulta profundamente descabellada.

En aquel momento, unos discretos golpes en la puerta interrumpieron la conversación.

—¡Adelante! —ordenó Harding.

Un capitán de navío entró en la habitación y se cuadró militarmente.

—Señor, las primeras fotografías tomadas de la flota enemiga están aquí. Han sido tomadas por aviones rusos de los que iban en las últimas oleadas y a los que no afectó la explosión de los torpedos atómicos.

Harding extendió ante él y sobre la mesa una serie de unas veinte fotografían, que mostraban a la flota enemiga en plena marcha y en formación de combate. Apenas el Almirante Harding las observó, cuando dio un grito de asombro.

—¡No! ¡Esto no es posible!

Burton y Malone miraron intrigados al Almirante, que permanecía mudo de asombro mirando con ojos desorbitados la serie de fotografías que tenía ante sí.

—¡No puede ser esto! —volvió a murmurar el Almirante.

—¿Le sucede algo, Almirante? —preguntó Burton

El hombre levantó la cabeza y mostró a los dos profesores su cara descompuesta.

—¿Está usted seguro de que son fotografías tomadas de la flota que nos ha atacado?

—Totalmente, señor —contestó el capitán—. Yo mismo las he recibido y me he encargado de revelarlas. Comprendo su asombro y me encuentro completamente desorientado.

El Almirante Harding lanzó una nueva mirada a las fotografías y luego se dirigió hacia los dos profesores.

—Profesor Lask: su hipótesis va contra toda lógica pero las fotografías que tengo delante son también fotografías que atentan contra la cordura más elemental. Reconozco estos barcos. Yo mismo he visto hundirse, con mis propios ojos, algunas de las unidades que forman esta escuadra. Este que se ve aquí como buque insignia —dijo el Almirante señalando uno de los navíos—, es el «Almirante Nelson». Este otro el crucero «Roodney». Esta flotilla que se ve a la izquierda, son los destructores ligeros tipo C-4 al mando del buque «Titán». No me cabe la menor duda de cuanto digo.

—Pero eso no es posible —intervino Malone—. Casi todos esos barcos quedaron fuera de combate en la última guerra mundial, iniciada en el año 1939, y los demás fueron convertidos en chatarra después de la guerra.

—Todavía hay más —continuó el Almirante—. Este orden de combate que muestra la fotografía sólo se utilizó una vez en la guerra mundial, y yo participé en esa operación. Era Segundo Teniente y mandaba la flotilla de destructores que les he señalado.

Aunque Burton había jugado varias veces con la idea de la imposibilidad de la presencia de las armas que empleaba el

enemigo, no por ello dejó de impresionarse grandemente.

—Entonces, Almirante, ¿esa formación naval pertenece al pasado?

—Aunque es incomprensible, resulta cierto.

Burton miró con detalle las fotografías.

—Desde luego, no cabe duda de su autenticidad. La visión directa que yo tuve de la flota enemiga por medio del periscopio de refracción coincide totalmente con esta fotografía. Esta es la flota que trabó combate con nuestras unidades de superficie; es la flota contra la que disparamos nuestros torpedos atómicos.

—Señores —continuó Harding—, creo que es imprescindible que volemos hacia el Cuartel General Secreto, en el Desierto de Arizona: para comunicar al Estado Mayor esta asombrosa revelación.

Los tres hombres decidieron en el acto emprender el viaje y Burton solicitó permiso para demorarse algunas horas en Nueva York, al objeto de visitar a Lauren, que se encontraba ya casi totalmente restablecida de su dramático, accidente con los raptores.

El mismo avión que conducía a los tres hombres descendió unos instantes en el aeropuerto de La Guardia, para depositar a Burton, y continuar su camino. Burton los vio partir y se sintió de pronto profundamente solo. El aeródromo estaba bajo la jurisdicción militar y los hombres se afanaban en todas direcciones, cumpliendo las distintas tareas que tenían asignadas. A pesar del gran ajetreo que había a su alrededor, sintió una profunda soledad, como si de pronto hubiera desembarcado en un planeta misterioso y desconocido. Aquellos seres desconocían todavía el alcance de las posibilidades del enemigo y se dedicaban a sus quehaceres con relativa normalidad, pero no había de pasar mucho tiempo antes de que vieran sumidas sus vidas en una' terrible vorágine de odio y destrucción, en aquella terrible sinfonía de la muerte que dirigía, con mano de hierro el misterioso «Hombre de Ayer».

Un automóvil militar se detuvo a su lado.

—Profesor —dijo el chófer—, tengo orden de ponerme a su servicio.

Burton consiguió abstraerse de sus pensamientos y se introdujo en el automóvil.

—Al Hospital Militar.

El vehículo arrancó a gran velocidad y poco después se perdía en el vericueto de calles de la urbe.

Cuando llegó al Hospital Militar, una grata sorpresa le esperaba: Lauren se hallaba ya en plena convalecencia y lo recibió con la más agradable de las sonrisas.

—¡Qué alegría verte, Burton! No sabes cuán preocupada he estado durante todos estos días.

—Me llevo una alegre sorpresa al ver que te encuentras casi totalmente restablecida.

—Sí. Ya pasó lo peor. El médico ha dicho que me dará el alta en el plazo de dos o tres días.

Los dos seres permanecían cogidos de las manos y en sus respectivas miradas podía adivinarse el sentimiento mutuo que embargaba sus corazones.

—Te encuentro muy preocupado, Burton ¿Van peor las cosas?

—No puedo negarte que van mal, Lauren. Estamos luchando contra fantasmas, que parecen venir del pasado para atormentarnos de nuevo.

—¿Pero se sabe ya quién es ese misterioso «Hombre de Ayer»?

—Los más sagaces agentes de los servicios secretos de todo el mundo han fracasado en la empresa. No se trata de ninguna nación ni de ningún grupo de hombres. Se trata quizá de un solo ser. Todo el mundo unido en su lucha contra un solo hombre, del que no se sabe nada y que dispone de armas verdaderamente diabólicas.

—Yo tenía muchas ganas de decirte una cosa, Burton. Leí las asombrosas informaciones sobre el misterioso emisario que recibisteis en el Polígono de tiro de Nuevo York.

—Sí. Era el mismo hombre que vi en la Cordillera del Himalaya.

—No solamente eso, Burton. Yo conozco las palabras que dijo.

Burton miró con ojos interrogadores a Lauren.

—¿Quieres decir que las conocías ya antes?

—Eso mismo, Burton.

La muchacha se levantó de la silla en que estaba sentada y se dirigió hacia la mesita de noche de su habitación. Abrió uno de los cajones y extrajo un libro que entregó a Burton.

—En este libro, a partir de la página 52, podrás leer todo lo que sabemos sobre Isvarakrisna. Su pensamiento filosófico tiene poca importancia; sin embargo está recogido en esta historia de la filosofía oriental.

Burton abrió el libro y buscó la página 52.

—Las frases que dijo en la reunión del Polígono están subrayadas en lápiz rojo en la página 64.

Burton ojeó el libro y se detuvo en el lugar indicado por la muchacha. En efecto, subrayadas en lápiz rojo estaban exactamente escritas las mismas frases que había lanzado el misterioso hombre, en la dramática reunión que tuvo con el Estado Mayor Conjunto.

—Esto viene a completar el eslabón de la cadena —dijo Burton

—. Los aviones que bombardearon Chicago pertenecían al pasado. Al pasado pertenecía la flota con la que trabamos combate hace poco tiempo y al pasado pertenecía este hombre. Nuestro verdadero enemigo es, pues, el pasado que creíamos ya muerto. Estamos luchando contra el espectro del mal, que tantas veces se ha levantado contra los hombres de buena voluntad. Nuestras armas son inútiles y es inútil el ahínco con que pretendemos aferramos a nuestra vida. El «Hombre de Ayer», como un demonio exterminador, se levanta contra nosotros con las mismas armas que nosotros hemos forjado a lo largo del tiempo, para destruirnos y someternos. El hombre ha provocado demasiadas veces la paciencia de Dios y comienza a encontrar su castigo.

Lauren no pudo reprimir un gesto instintivo y se apretó contra el pecho de Burton, que la' abrazó tiernamente.

—Eso es terrible, Burton. Quizá la humanidad se merezca un castigo semejante, pero no todas las cosas ni todos los seres del mundo han sido perversos. Todavía existen corazones sencillos y nobles. Todavía existe el amor.

—Sí. Un amor como el tuyo y el mío, Lauren. Un amor que no ha necesitado palabras para expresarse, pero que no es más que un átomo en medio del tempestuoso mar humano, arrasado por los vientos de las pasiones y ardiendo bajo el sol de la soberbia.

Los dos seres permanecieron estrechamente abrazados durante largo tiempo, olvidados de todo cuanto les rodeaba y viviendo intensamente aquel primero y quizá último minuto de amor con que la vida les regalaba, quizá antes de hundirles en la nada. A pesar suyo, Burton tuvo que reaccionar.

—Debo abandonarte, querida. He conseguido del Almirante Harding una breve tregua para venir a verte; pero me está esperando en el Estado Mayor y debo partir.

La muchacha de desprendió del dulce abrazo de Burton.

—Está bien. Cumple con tu deber. Espero que pasado mañana nos volveremos a ver, cuando me reintegre al servicio.

—Yo así lo deseo, Lauren. Será un consuelo para mí estar a tu lado en cualquier circunstancia que nos depare el destino.

Burton y Lauren se separaron elusivamente, y aquél se dirigió con paso rápido hacia el automóvil que lo esperaba a la puerta y que en pocos minutos lo llevó al aeródromo.

Burton subió en el avión y poco después partía hacia su destino, mientras, lanzaba una última mirada a la gran ciudad que albergaba lo que le era más querido en esta vida.

CAPITULO IV

CUANDO Burton llegó al Estado Mayor encontró a todos los miembros que lo constituían enfrascados en una agitada polémica. Klausen tenía la palabra en aquellos momentos.

—Yo me niego a dar validez a esa información. El pueblo alemán es un pueblo trabajador y sus dirigentes actúan lealmente en este asunto, una prueba de ello es mi presencia aquí. Mi gobierno no tuvo el menor inconveniente en ofrecer mi colaboración y ésta ha sido totalmente sincera. Hemos puesto a disposición de los Ejércitos Aliados todo nuestro potencial aéreo; incluso hemos descubierto secretos propios que podían ser de alguna utilidad al Ejército Conjunto. No puedo admitir que se ponga en duda nuestra lealtad.

—No es eso exactamente —atajó Zarkov—. No dudamos de la lealtad de usted ni de los hombres que le han enviado, pero tenemos que enfrentarnos con hechos y no con palabras. La proclama de ese misterioso agitador que ha surgido en Alemania, indica claramente donde radica el enemigo de la raza humana. Solicito que se lea, ahora que están todos los miembros del Estado Mayor, el documento en cuestión.

Ante el asentimiento general de los reunidos, el secretario del Presidente tomó un documento que tenía encima de la mesa.

«A1 pueblo alemán —dijo con voz sonora y bien timbrada—. Durante más de un siglo Alemania ha sufrido la conjura internacional, que no ha tenido otro objeto que el de destruir la potencia creadora de este pueblo La última guerra mundial dio injustamente la victoria a nuestros enemigos, por un azar circunstancial. Todo el potencial bélico de nuestros adversarios se basaba fundamentalmente en conocimientos germánicos; las aportaciones de nuestros hombres de ciencia a través de los tiempos, fortalecieron los conocimientos de nuestros enemigos y les permitieron alcanzar una victoria que no les pertenecía. Las condiciones han cambiado y es preciso que el pueblo alemán se levante como un solo hombre contra los que impusieron el Tratado de Versalles en la guerra de 1914, y la Rendición Incondicional en

la de 1939. Ahora las cosas han cambiado y disponemos de las armas más eficaces para hacer morder el polvo a nuestros enemigos. Unos cuantos dirigentes sin escrúpulos han remontado las cimas del poder en Alemania y se someten servilmente al dictado de nuestros enemigos naturales. Es preciso que el pueblo alemán derribe a estos hombres de su pedestal y se prepare para lanzarse a la conquista del mundo. Nuestras armas pueden llevar la destrucción total a aquellos países que osen oponerse a nuestros designios. E! día de la Gran Victoria está próximo».

El secretario se detuvo unos instantes como para observar la impresión que hacía el mensaje entre los concurrentes a aquella reunión, luego terminó, Firmado: «El Hombre de Ayer».

—He ahí el mensaje —intervino Zarkov—. ¿Puede caber la menor duda sobre cuál es el origen del peligro que hoy corre el planeta entero?

—No me cabe la menor duda —intervino Klausen con voz serena— de que se trata de un loco que pretende aprovecharse de la situación en que nos encontramos.

—¿Qué opina el Gobierno Alemán? —preguntó Donovan.

El Presidente tomó la palabra.

—He recibido un mensaje personal del Canciller Wertheim, desautorizando totalmente esa proclama e indicando con claridad que el gobierno y el pueblo alemán se encuentran a nuestro lado, dispuestos a luchar por la misma causa: Repudia las ideas expuestas en la proclama de «El Hombre de Ayer» como ajenas al sentimiento del gran pueblo alemán y se ratifica en los compromisos contraídos con todos los gobiernos de la Tierra.

—Creo que está bastante claro —dijo Klausen con tono apasionado.

—De todas formas —intervino Zarkov— me sentiré más seguro si el gobierno alemán autoriza el acantonamiento de un fuerte contingente de tropas en el corazón mismo de Alemania.

Klausen se levantó indignado, dispuesto a abandonar la sala de la conferencia. Fue el Presidente el que consiguió apaciguarlo.

—Tal vez sea excesiva la pretensión del Mariscal Zarkov. Estoy seguro de que encontraremos otro procedimiento, que sin lesionar la susceptibilidad del gobierno y el pueblo alemán, nos permita tranquilizarnos respecto al asunto que aquí se debate.

Algo más apaciguada la discusión comenzó a discurrir por cauces más constructivos. Durante más de dos horas se estuvo buscando la fórmula que fuese aceptada por todos. Ya iba a levantarse la sesión, para continuarla después de un breve descanso,

cuando un ayudante del general Donovan entró precipitadamente en la habitación.

— ¡Mi general, París acaba de ser destruido!

Un movimiento de estupor sacudió a todos los presentes.

—¿De donde proviene la información?

—Ha sido transmitida directamente a nuestro Estado Mayor por el Jefe de la Base Naval de Tolón. Poco después ha sido confirmada la noticia por la radio inglesa.

—¿Qué datos hay sobre el asunto? —preguntó el Presidente.

—Tres aviones, volando a intervalos de diez minutos, han hecho un bombardeo atómico, arrasando por completo la ciudad. El pánico ha cundido por toda Europa y en Alemania se ha iniciado un movimiento para derribar al Gobierno.

Aun no se había extinguido el eco de estas terribles palabras cuando un ayudante de la Casa Blanca se hizo presente en la reunión.

—¿Qué sucede, Witmoore?

—Señor Presidente, la radio está transmitiendo un mensaje de «El Hombre de Ayer».

Donovan se levantó ágilmente y conectó el aparato de radio. Durante medio minuto el silencio más absoluto gravitó sobre aquellos seres, luego el altavoz dejó escuchar las palabras del misterioso comunicante.

—«Vamos a retransmitir por última vez nuestro mensaje a los pueblos de la Tierra: París ha sido destruido por medio de nuestras invencibles armas, Nueva York y Londres también serán destruidos en el plazo de 24 horas si los gobiernos de los Estados Unidos y de Inglaterra no se rinden incondicionalmente a nuestro creciente poderío. Moscú será arrasado en las seis próximas horas. Pido al pueblo alemán que se haga cargo del poder y se apreste a cumplir la Gran Misión que la Historia le tiene asignada. El gobierno de los Estados Unidos y el Estado Mayor Conjunto se reunirá en la Casa Blanca y arriará la bandera de los Estados Unidos, en señal de que son aceptadas nuestras condiciones. Nuestros delegados harán acto de presencia mañana, a las doce del día, para hacerse cargo de la administración del país. Caso de no ser obedecidas nuestras instrucciones, procederemos a la destrucción total de los Estados Unidos. Os habla «El Hombre de Ayer».

Después de escuchar la alocución del «El Hombre de Ayer», el Presidente de los Estados Unidos decidió convocar en sesión urgente al Senado y al Congreso, que debían tomar en conjunto una decisión.

Seis horas después todos los representantes del país estaban reunidos en sesión plenaria a la que asistía el Estado Mayor Conjunto. Mientras duró la sesión fueron llegando noticias de la situación en Europa que no podían ser más desconsoladoras. Un grupo de aventureros políticos habían conseguido adueñarse del poder después de hacer prisionero a todo el gobierno alemán. El propio pueblo, mitad atemorizado ante el siniestro poder que se había manifestado, y mitad acariciando una' vaga idea del predominio de su propia raza, había permanecido en actitud pasiva, en espera de ver desarrollarse los acontecimientos.

Después de varias horas de discusión, las dos Cámaras reunidas acordaron rendirse según las condiciones expuestas por el «Hombre de Ayer». Estaban convencidos de que cumpliría su amenaza, como era prueba evidente la brutal destrucción de París, que había costado más de cuatro millones de víctimas.

Cuando el Presidente se levantó para poner punto final a la reunión, parecía haber envejecido veinte años en el transcurso de unas horas.

—Las fuerzas del mal —dijo— se han desatado con incontenible furia. No podemos aceptar sobre nuestros hombros la continuidad de la terrible carnicería que ha provocado nuestro enemigo. Personalmente hubiera preferido morir en el combate, pero sólo Dios puede disponer legítimamente de la vida de sus criaturas y hemos de declinar, en consecuencia, el continuar una lucha que parece estéril. Hago público el anuncio de que nos sometemos a las condiciones exigidas y pongo en manos del Supremo Hacedor nuestra suerte y nuestras vidas. Mi gobierno y el Estado Mayor Conjunto han accedido a concentrarse en la Casa Blanca, según lo dispuesto por nuestro enemigo, para evitar este despiadado derramamiento de sangre.

Dichas estas palabras el Presidente se desplomó en su silla, mostrando en su rostro el profundo abatimiento en que lo había sumido tan terrible situación.

Muchos diputados y senadores se ofrecieron para permanecer a su lado durante la prevista visita de los emisarios de «El Hombre de Ayer», pero fue rechazado su generoso gesto y poco después quedaban en su inmensa soledad los hombres a los que el destino había señalado para sufrir la terrible prueba.

CAPITULO V

LAS calles de Washington amanecieron completamente desiertas. El Presidente había ordenado el acuartelamiento de las tropas y las fuerzas de la policía.

Los ciudadanos, puestos al corriente por el mensaje que el Presidente había dirigido a la nación, permanecían en sus domicilios, temerosos ante la incógnita que se les presentaba. La bandera había sido arriada en la Casa Blanca y la gran ciudad parecía el muerto vestigio de una civilización pasada y perdida para siempre en el lejano tiempo.

En la gran sala de conferencias de la Casa Blanca permanecían los hombres del Estado Mayor y del Gobierno a quienes correspondía la ingrata tarea de recibir a los emisarios de «El Hombre de Ayer». Hacía mucho tiempo que guardaban silencio y cada cual se sumía en la profundidad de sus propios pensamientos, agobiados por la insólita situación que atravesaban.

Burton miraba a través de los cristales, hacia las desiertas avenidas y su pensamiento volaba en dirección a Lauren de la que no había tenido más noticias.

No se hacía muchas ilusiones sobre el porvenir que les esperaba a todos. En el mejor de los casos, tendrían que aceptar la servidumbre y vivir bajo la tiranía de los misteriosos seres que les habían vencido de tan insospechada manera.

A pesan de la situación su mente no tenía un momento de reposo. Vagamente se iba perfilando en su pensamiento la explicación que antes no había podido dar a los extraños fenómenos de que había sido víctima la humanidad entera. Las ideas iban ordenándose en su cerebro y cada vez eran menos las lagunas que tenía su hipótesis. Sin embargo, pensaba desoladamente que ya era tarde para poner en acción un plan que pusiera a prueba el pensamiento que le asaltaba.

El sol fue ascendiendo y despejó la ligera niebla de la mañana. Era un día de otoño, que amanecía limpio y transparente cuando el corazón de los hombres se hallaba sumido en la más negra y profunda desesperación.

—Parece que se retrasa el emisario anunciado —comentó Donovan.

—Lo que no comprendo —dijo Zarkov—, es lo que piensan hacer nuestros enemigos. ¿De dónde van a sacar los hombres necesarios para ocupar el país? No habiendo podido localizar a ninguna nación como responsable de estos sucesos, no veo qué puede hacer «El Hombre de Ayer» en semejante caso.

—Lo más probable —replicó Harding— es que ese misterioso personaje disponga de algunos colaboradores.

—Pero a buen seguro no hall de ser muchos. Si «El Hombre de Ayer» dispusiera de una poderosa organización, nuestros servicios secretos hubieran conseguido descubrir algún hilo de la misma.

—Poco importa que sean pocos o muchos —replicó Harding—. El poder de destrucción de ese hombre es tal, que, él solo, puede poner el mundo a sus pies, si lo desea.

Mientras se desarrollaba esta conversación, un fantástico grupo avanzaba por las calles de la ciudad, en dirección a la Casa Blanca. Se trataba de un cortejo compuesto por unos doscientos hombres de raza oriental. Hubiera sido difícil decir a qué pueblo pertenecían; tal vez eran indochinos o tibetanos, o acaso chinos de las regiones del norte, o tal vez mongoles.

El cortejo avanzaba con el extraño esplendor de sus exóticas vestimentas. Dos filas de guerreros, armados con armas blancas y fusiles, hacían escolta a un extraño personaje que iba sentado en un palanquín llevado por seis hombres. El sujeto en cuestión iba vestido con una túnica amarilla y bajo su pelado y reluciente cráneo brillaban malignamente sus ojos.

En el silencio de la ciudad el cortejo se deslizaba como una sombra, avanzando con paso decidido hacia la Casa Blanca.

Fue Burton el primero en verlos llegar.

—¡Ya están ahí!

Todos, excepto el Presidente, se agolparon en las ventanas para ver la llegada de los extraños delegados que enviaba «El Hombre de Ayer».

—Creo que mi cerebro se niega a funcionar bien —murmuró Richardson—. Esto más bien parece un baile de Carnaval que otra cosa.

—¿No preguntaba usted, de dónde sacaría sus colaboradores el genio maldito que ha dirigido esta empresa, general Zarkov?

—¡Pero todos los gobiernos asiáticos han colaborado con nosotros durante los días que ha durado esta terrible pesadilla!

—Todos, no —intervino Burton—. Quizá algunos no fueron

consultados, por considerarles demasiado sin importancia.

—¿A quién se refiere usted? —preguntó el Presidente.

—Al gobierno independiente del Tíbet. A esa zona que quedó adscrita al Dalai-Lama, por el acuerdo de 1964.

—¿Quiere usted decir que son tibetanos los emisarios que nos envía el fantástico «Hombre de Ayer».

—Así lo creo.

—¿Qué razones tiene usted para creer eso? —preguntó Harding.

—Aparte de su aspecto, tengo otras muchas que ahora me es imposible enumerar. Pero estoy convencido que son habitantes del Tíbet los que hasta aquí llegan.

En aquellos momentos, la comitiva se había detenido frente a la entrada principal de la Casa Blanca. Mientras la mayor parte de los hombres armados rodeaban el edificio, un pequeño grupo, que servía de escolta al personaje de túnica amarilla, se introdujo en el interior del edificio y llegó hasta la sala de conferencias ocupada por los miembros del gobierno y del Estado Mayor Conjunto. Los primeros en introducirse en la habitación fueron los doce hombres de la guardia que, encañonando con sus armas a todos los presentes, dieron paso al extraño personaje.

Cuando entró el hombre se detuvo en el centro de la habitación y miró desdeñosamente a todos los reunidos. Durante más de un minuto guardó un profundo silencio, que rompió el Presidente adelantándose unos pasos.

—Hemos cumplido las instrucciones enviadas por «El Hombre de Ayer» Espero que al hacerse cargo del poder en este país queden colmadas sus ambiciones y no se ejerza ninguna represalia sobre el pueblo de los Estados Unidos.

El hombre miró desdeñosamente y luego habló.

—Los emisarios de «El Hombre de Ayer» han ocupado en el día de hoy el poder de los más importantes países de la Tierra. París y Moscú han sido destruidos para que sirva de escarmiento a los hombres que pretendan oponerse a nuestros designios. Los actos de los hombres encadenan a la vida a los que queremos gozar de la quietud eterna; la humanidad despreciable ata a la Rueda Infinita del tiempo a los seres privilegiados por la palabra de Isvarakrisna. Ha llegado la hora de que la humanidad perezca.

Las palabras de aquel extraño loco habían sorprendido profundamente al grupo de hombres que escuchaba en silencio. Zarkov había quedado anonadado al oír la noticia sobre la destrucción de Moscú. De pronto saltó como un tigre hacia adelante, con la intención de caer sobre aquel personaje de opereta.

Ya se encontraba a pocos pasos de distancia cuando dos detonaciones hicieron retumbar las paredes de la habitación. La carrera emprendida por el general Zarkov quedó cortada en el acto. Su cuerpo se encogió con un gesto doloroso y luego cayó al suelo, quedando extendido sobre el pavimento. Burton inició un movimiento de defensa pero Malone pudo sujetarle a tiempo. El extraño oriental no se había inmutado ante la dramática escena. Hizo un breve gesto a sus hombres y éstos arrinconaron a sus adversarios, amenazándoles con sus armas. Poco después eran atados y amordazados por las manos expertas de los sicarios de aquel hombre.

En aquellos instantes entró un nuevo personaje en la habitación. Una sola mirada le bastó a Burton para reconocerlo: se trataba del misterioso personaje que había dirigido su rapto el mismo día que conoció a Lauren.

El hombre paseó su mirada por la habitación y una incontenible sonrisa de triunfo se dibujó en sus labios.

—He aquí a los orgullosos vencedores. Durante muchos años he esperado este momento. Todas las fatigas y las privaciones sufridas me parecen un precio irrisorio, comparado con la satisfacción que me produce este instante.

Su mirada se recreó en la triste visión de los prisioneros, luego se dirigió en voz alta al asiático de la túnica amarilla

—Toki, puedes entregar a estos hombres a nuestra guardia. Que los encierren hasta que decidamos qué tenemos que hacer con ellos.

Uno de los soldados que hacían escolta al extraño oriental salió para volver poco después acompañado por un grupo de los que habían quedado en el exterior. Toki dio una orden y comenzaron a arrastrar a viva fuerza a los prisioneros. Cuando llegó el turno a Burton, Richardson y Malone, el hombre que había entrado en último lugar ordenó que los dejaran donde estaban.

—Somos antiguos amigos ¿verdad, profesor Burton? En cuanto a los profesores Richardson y Malone, no tengo el gusto de conocerlos personalmente, pero conozco sus trabajos desde antiguo y sospecho que vamos a ser buenos amigos.

Una mirada de desprecio recibió las fatuas palabras del desconocido.

El hombre hizo que les quitaran la mordaza que les habían puesto.

—Es preciso que hablemos. En cierta ocasión me fue imposible llegar a un acuerdo con el profesor Burton; se encontraba muy seguro de sí mismo y los hombres del equipo de guardamontes

estaban a punto de llegar. Tuve que interrumpir la conversación ¿no es verdad, profesor?

—Y usted me hubiera asesinado de no haber sido por la intervención providencial de mi amigo Robert.

La cara de aquel hombre pasó del sarcasmo a la ferocidad.

—Quien se atreva a oponerse a nuestros designios, morirá. Hemos demostrado al mundo entero que somos invencibles y nadie puede luchar contra nosotros. El pueblo alemán ha encontrado los dirigentes que les llevarán a la conquista del mundo. Dentro de poco tiempo habremos organizado la vida sobre la Tierra y dará comienzo la Era Germánica.

—Espero no vivir lo bastante para ver con mis ojos semejante catástrofe —dijo Burton con tono despectivo.

—Se equivoca, profesor. Usted y sus amigos me son necesarios. Vivirán para tener el honor de colaborar en tan magna empresa.

Richardson avanzó su mandíbula con gesto de desafío y su roja barba flameó al aire.

—Parece ser que el coloso tiene su talón de Aquiles. ¿Cómo es posible que siendo tan poderoso necesiten de nuestros servicios?

—«El Hombre de Ayer» tendrá que morir algún día. Entonces los necesitaré a ustedes.

—Es la mejor noticia que me han dado en los últimos tiempos —sonrió Burton—, y puedo asegurarle que si irte permitieran echarle las manos ál cuello a ese miserable, su muerte sobrevendría mucho más rápidamente de lo que usted pueda pensar ahora.

El extraño personaje hizo un gesto de impaciencia y se dirigió con tono amenazador a los tres hombres.

—Si se niegan ustedes a colaborar conmigo, no es la muerte lo que les espera si no algo mil veces peor. Serán sometidos a un lento tormento que durará mucho tiempo, quizás años. Toki posee una ciencia refinada capaz de hacer sufrir a un hombre durante muchos años sin provocarle la muerte.

— ¡Váyase usted al cuerno! —rugió Richardson.

El hombre sonrió, seguro de sí mismo.

—Les dejaré tiempo para pensarlo.

Luego hizo una seña a los hombres de la guardia, que se apoderaron de los prisioneros.

—Encerradlos en los sótanos. Ahora tengo que ocuparme de otras cuestiones.

Los tres amigos fueron arrastrados violentamente por los hombres de la guardia y poco después eran encerrados en los sótanos del edificio, quedando dos hombres, con las armas

preparadas, en centinela permanente.

CAPITULO VI

UNA larga semana permanecieron los tres hombres encerrados en el estrecho recinto que les había sido destinado como prisión. Durante este tiempo fueron llegando noticias a sus oídos; unas veces por las conversaciones de los dos guardianes, cuyo idioma conocía perfectamente Richardson, y en otras ocasiones por algunas palabras sueltas del personal que había quedado de servicio en la Casa Blanca, y los tres amigos pudieron hacerse una idea aproximada de la situación.

Al parecer, los hombres que se habían hecho dueños del poder, capitaneados por Toki, habían entrado subrepticiamente en los Estados Unidos hacía algo más de un mes. El europeo que había raptado en otra ocasión a Burton y luego ordenado la prisión de los tres amigos, parecía ser de origen alemán y jefe supremo de la invasión. Por algunos detalles pudieron deducir que no era él el «Hombre de Ayer», el cual permanecía oculto en su desconocido refugio.

Otro grupo semejante al llegado a la Casa Blanca se había hecho dueño del poder en los diferentes países de América y de Europa. Sólo en Alemania gobernaba un grupo fanático de alemanes, que se habían puesto incondicional mente a las órdenes del «Hombre de Ayer».

Los pueblos de todos los países permanecían atemorizados y obedecían a los usurpadores, temerosos de desaparecer del mapa, como había sucedido con Moscú y París.

Los planes de los invasores no estaban claros: Mientras que los hombres de origen oriental insinuaban una destrucción total de la humanidad, el hombre de origen germánico hablaba del predominio de su raza sobre el resto del mundo.

En aquel momento los tres prisioneros celebraban una conferencia.

—Creo que debo admitir los puntos de vista del profesor Lask —decía en aquel momento Richardson, mesándose su rojiza barba—. Cuanto ha sucedido no tiene explicación dentro del estado de los

conocimientos actuales de la ciencia. Es preciso pensar que algo nuevo ha sucedido; algo que parece un sueño, pero que va adquiriendo perfiles de realidad.

—Yo insisto en que mi teoría es la más adecuada para explicar estos sucesos —continuó Burton—.. El bombardeo de Chicago fue realizado por aviones alemanes que actuaron en la última conflagración mundial. La flota fantasma estaba compuesta por barcos ingleses, uno de los cuales fue mandado por el Almirante Harding. Y en cuanto a los bombardeos atómicos de París y Moscú, estoy seguro que fueron realizados con explosiones sucedidas anteriormente.

—¿Entonces usted cree que esas armas fueron empleadas en otro tiempo y se ha conseguido volver a utilizar sus efectos?

—La explicación sería la siguiente: Alguien ha conseguido, por no sé qué procedimiento, hacer regresar las ondas que vibran eternamente en el éter. Como usted sabe, profesor Richardson, la luz se propaga en línea recta en los medios poco densos. También el sonido tiene una propagación indefinida. Se dice que no pueden propagarse en el vacío; yo estoy seguro de que se propagan en el éter, porque el éter no está vacío. Mi teoría sobre la constitución ondular del éter adquiriría aquí plena vigencia.

—¿Y cuál es el mecanismo que seguirían los hombres empeñados en volver a traer el pasado? —preguntó el profesor Malone.

—Para mí la cosa tiene la siguiente explicación: Todas las ondas vibratorias, sean luminosas, sonoras o calóricas, han formado un digamos tejido, que es el que constituye esa substancia desconocida llamada éter. Ese entretejido de ondas tiene una frecuencia estable, distinta a la emisión en un momento dado de una onda luminosa, sonora o calórica. El movimiento ondular del éter es instantáneo de polo a polo del Universo, de forma que las ondas producidas por un suceso cualquiera, una vez adaptadas a la frecuencia del éter, lo recorren en todas direcciones a una velocidad infinita y, por lo tanto, muy superior a la velocidad de la luz, tomada como límite. Si alguien fuera capaz de crear un aparato que devolviera a las ondas luminosas, sonoras o calóricas su frecuencia normal, no tendría más que «conectarlo» al éter para arrancarlas de su frecuencia ondular y volver a dar valor y vigencia a sucesos que acontecieron muchos años antes.

—Entonces ese hombre dispondría a su antojo de todo lo que sucedió en la superficie de la Tierra a través de su historia ¿No es eso? —preguntó Richardson.

—Así es —contestó Burton—, Lo mismo podría hacer aparecer ante nuestros ojos a los extinguidores dinosaurios que reproducir con todo color la batalla de Waterloo.

—O utilizar las acciones de guerra de la última conflagración mundial para atacarnos y vencernos ¿No es así? —preguntó Malone.

—Exacto —dijo Burton—, Tenga en cuenta que en el bombardeo de Chicago no se pudo observar ningún impacto de la metralla, que el Almirante de nuestras fuerzas navales se asombraba del poco poder de perforación de los obuses de la flota enemiga. Es decir, que quien fuera capaz de recuperar esas ondas, dispondría de las formas y colores de las cosas, del calor producido por las explosiones y del sonido de éstas, pero no de la materia sólida que constituyó en algún tiempo lo que hoy no es más que una inmensa cinta cinematográfica esparcida por todo el Universo.

Richardson se pellizcó el lóbulo de la oreja derecha, intentando penetrar el profundo sentido de las palabras de Burton

—Decididamente he de reconocerlo. Su hipótesis resulta extraordinariamente lógica. Sólo encuentro un inconveniente ¿Quién es el genio capaz de construir un aparato que pueda realizar esa' operación, que pueda transformar la frecuencia de las ondas eternamente vibrantes en el espacio, hasta devolverles la frecuencia que tuvieron en un principio, para que se hagan patentes a los ojos humanos los acontecimientos que encierra celosamente el inmenso archivo del éter?

—El nombre de ese ser es «El Hombre de Ayer». Ese mismo seudónimo nos da una referencia de que es tal como yo digo: Pretende identificarse con el pasado. En cuanto al procedimiento empleado, sé tanto como usted, profesor Richardson.

—¿Y cree usted que ese hombre será el extraño Yoga que apareció semidesnudo en la reunión que tuvo con el Estado Mayor y el Gobierno?

—No. Ese hombre ha existido en otro tiempo. Lo que vimos fue su aparición vibratoria. Ese hombre es otra página arrancada al pasado.

El profesor Malone tomó la palabra.

—Por audaz que parezca la hipótesis de Burton, creo que está en lo cierto. Lo único lamentable es que nos hayamos dado cuenta demasiado tarde. Esa hipótesis explicaría la inmunidad de la flota fantasma ante nuestros torpedos atómicos. Incluso me parece saber dónde reside el «Hombre de Ayer».

—Eso sí que me sorprende —exclamó el profesor Richardson—. ¿Cómo ha podido usted deducir eso?

—Ahora lo veo claro. Ese hombre está en la Cordillera del Himalaya, en el mismo sitio en que Burton vio aparecer por primera vez al fantástico Isvarakrisna.

—Pero bueno —intervino Richardson—, no todo está explicado con esa teoría ¿Qué hay de esa extraordinaria musical que oyó Burton en el Valle del Himalaya y que también pude escuchar yo cuando fue volada nuestra base atómica?

—Ese es un detalle que confirma mi teoría —dijo Burton—. No es desconocido para la1 ciencia el hecho de que los astros producen descomunales ruidos en sus movimientos. Nuestro oído no está adaptado para captar la frecuencia de esas ondas; pero el mismo aparato que hizo revivir el pasado captó la sinfonía de las estrellas al reducir su frecuencia a la capacidad de nuestro oído. Quizá consigan graduar estas ondas al extremo de darles una fuerza de vibración capaz de hacer vibrar la materia, al extremo de que se rompa, de la misma manera que un vaso de cristal salta hecho pedazos cuando el líquido caliente, vertido dentro sobrepasa el índice de adaptación calórica del cristal. Eso explicaría la extraña voladura de nuestra base atómica.

—Entonces, aquel bloque de acero que encontramos sería el soporte del aparato receptor y graduador de las ondas cósmicas ¿No es eso?—preguntó Richardson.

—Así es. Con ello quedan todas las piezas del rompecabezas encajadas cada una en su sitio.

Los tres hombres guardaron silencio unos minutos. La audaz teoría de Burton iba adquiriendo acentos convincentes y un profundo pesar les invadía.

—Ahora es más preciso que nunca hacer algo —dijo Richardson —. Sí; el profesor Lask está en lo cierto. Tenemos en nuestras manos la salvación de la humanidad.

—Me parece que hemos llegado un poco tarde —intervino Malone—. Estos hombres se han adueñado del mundo y el secreto refugio del «Hombre de Ayer» está tan inaccesible para nosotros como si estuviera en la Luna.

—Afortunadamente, disponen de pocos hombres para la ocupación de la Tierra —dijo Burton— . Incluso nuestra propia guardia es harto reducida.

Richardson lanzó una profunda mirada a Burton y sonrió suavemente.

—¿Quiere decir, profesor, que se encuentra usted en forma?

—Siempre me ha maravillado la penetración que ha tenido usted, Richardson —sonrió Burton.

—Yo puedo decir en favor mío —añadió el aludido—, que en mi época de estudiante gané tres tornes consecutivos de lucha libre. Un poco pesado estoy, pero mis huesos han adquirido una mayor resistencia.

—He agotado mi cerebro intentando desentrañar el rompecabezas en que nos encontramos metidos para que pueda descubrir ahora el sentido de sus palabras. ¿Por qué no hablan en cristiano y nos entenderemos todos? —dijo el profesor Malone.

—La cosa es sencilla —contestó Burton, poniéndose serio repentinamente—. Tenemos dos guardianes a la puerta. Si consiguiéramos hacer que la abrieran, el profesor Richardson y yo intentaríamos rememorar glorias pasadas en los estadios universitarios. Si tenemos suerte, tal vez no sea difícil el conseguir escapar. Una vez en la calle encontraríamos grandes facilidades para escondernos de los sicarios del «Hombre de Ayer».

—Pero si no tienen ustedes suerte —sentenció el profesor Malone—, la Humanidad habrá perdido dos de sus más valiosos defensores.

—De todas formas, da lo mismo —replicó Richardson—. Aquí dentro no hacemos nada. Tal vez tenemos la explicación de este fenómeno y no sería difícil el solucionarlo todo favorablemente, pero para ello preciso que salgamos al exterior. Si perecemos en la empresa, por lo menos habremos cumplido con nuestro deber para con la Humanidad.

Convencidos los tres hombres de que era imprescindible poner algún plan de acción, se devanaron los sesos pensando qué es lo que podrían hacer. Media hora más tarde el plan estaba ya en marcha. Las chaquetas de Richardson, Burton y Malone, permanecían apiladas en un ángulo de la habitación, que no podía verse a través de la estrecha mirilla de la puerta. Burton sacó su encendedor y aplicó la llama al montón de ropa. Poco a poco fue prendiendo la tela y la habitación comenzó a llenarse de humo.

Mientras el profesor Malone permanecía frente a la mirilla, tapándose la boca y los ojos con las manos, Richardson y Burton se situaron cada uno a un lado de la puerta.

Los minutos fueron pasando y la atmósfera comenzó a hacerse irrespirable. Los tres hombres comenzaron a toser sofocados por el acre olor del humo. Este comenzó a deslizarse por la ranura inferior de la puerta.

Los dos hombres que hacían la guardia en el exterior cruzaron entre sí unas palabras en su extraño idioma. Burton pudo oír unos pasos que se alejaban, mientras que el ruido de la llave en la

cerradura aceleraba el ritmo de su corazón, poco después avanzaba unos pasos en el interior de la habitación uno de los guardianes. Aunque llevaba el fusil presto para disparar, no tuvo el menor tiempo de hacerlo: Burton saltó sobre él como un felino y lo tumbó al suelo. El arma del hombre cayó rodando a unos metros de distancia, mientras que éste se reponía con agilidad asombrosa y daba frente a Burton. Con gesto rápido echó mano al alfanje que llevaba en el cinturón y ya lo tenía medio desenvainado cuando Burton se lanzó en uña estirada formidable, golpeando con la cabeza el estómago de su enemigo. Los dos hombres cayeron al suelo fuertemente abrazados y forcejeando para dominarse mutuamente. Burton aplicó los pies en el vientre de su contrario y consiguió dispararlo hacia el aire, mientras se ponía derecho rápidamente. Ya se lanzaba contra su enemigo, cuando un inopinado resbalón dio con él en el suelo. Su cabeza se golpeó duramente contra el pavimento y durante unos segundos quedó en estado semiinconsciente. Su adversario se abalanzó sobre él con la agilidad de una pantera y un corto y reluciente cuchillo brilló en el aire con signo de muerte. Ya había comenzado a descender la mano armada, cuando un disparo llenó de estruendo la habitación: era Richardson que había cogido el fusil del centinela y disparado en el preciso instante en que la vida de Burton se encontraba a medio segundo de la muerte. El hombre detuvo el brazo en el aire y poco después se desplomaba en el suelo.

Burton se levantó ágilmente, y los tres hombres salieron al pasillo donde estaba situado el lugar de su encierro. Con paso rápido se dirigieron hacia la escalera que daba acceso a las plantas superiores. Ya estaban a punto de alcanzarla, cuando un grupo de orientales armados descendió por la misma, haciéndoles frente. Burton cogió el fusil, que llevaba inconscientemente el profesor Richardson, y abrió fuego contra la masa de sus enemigos. Cuatro o cinco hombres rodaron por el suelo, mientras que los demás se lanzaban en avalancha incontenible sobre los tres fugitivos. Poco después los inmovilizaban, atándolos con finas correas engrasadas.

En aquel instante descendía precipitadamente las escaleras el hombre de acento alemán que había ordenado las operaciones de ocupación.

—Veo que no os ha sentado bien el tiempo de meditación que os he dado. Esta noche comenzaré un tratamiento nuevo que os hará desear mil veces la muerte.

Luego dio una orden a los hombres que habían aprisionado a los tres amigos.

—Llevadles al refugio secreto que tenemos en la ciudad y preparad los instrumentos para someterlos a tortura esta noche.

Dichas estas palabras dio media vuelta y se dirigió de nuevo hacia la planta superior.

CAPITULO VII

LOS tres hombres quedaron bajo la vigilante amenaza de sus enemigos. El jefe del grupo de guardianes dio una orden a dos de sus hombres, en el extraño dialecto tibetano que hablaban y éstos ascendieron rápidamente por la escalera que conducía a la planta superior del edificio.

Burton miró con ojos interrogantes al profesor Richardson.

—No creo que entiendan el inglés —dijo Richardson—. Y si lo entienden me importa un comino.

—¿Que es lo que han dicho, profesor?

—Ha mandado a dos de sus hombres para disponer nuestro traslado a ese misterioso lugar que ha ordenado el hombre germánico.

—No siento lo que pueda sucedemos, si no las posibilidades que han frustrado estos hombres.

—No se atormente, Burton. Al parecer, mientras uno abría la puerta de nuestro encierro, el otro fue a avisar a la guardia.

—Tengo mis dudas sobre las intenciones de estos hombres —comentó Malone en voz alta.

—Pues yo no doy ni un centavo por nuestra futura existencia —dijo Richardson—. Estoy convencido de que son capaces de llegar a la más refinada crueldad con tal de salirse con la suya.

—Esa es la cuestión precisamente. El hombre que dirige este demoníaco tinglado quiere garantizarse una! cierta continuidad en el poder. Según parece, el formidable invento que ha puesto el mundo a los pies del «Hombre de Ayer» no es fácil de manejar. Pero necesita de nosotros para continuar manejando tan formidable arma en cuanto muera el genio maléfico que tan cruel uso ha hecho de sus conocimientos científicos.

—No es una perspectiva que me guste, profesor. Sí terrible es soportar esta esclavitud, más lo será ayudar a que continúe.

—No es esa la cuestión, Richardson. Lo que resulta indudable a mi vista es, que no se atrevan a destrozarnos físicamente. En cierto modo somos la gallina de los huevos de oro.

—Opino como el profesor Malone —intervino Burton—. Aún está lejos el día en que nosotros tengamos que intervenir dentro del tinglado científico; mientras tanto no se atreverán a hacernos

demasiado daño.

—Espero que las previsiones de ustedes sean ciertas, aunque apostaría mi roja barba a que alguna idea bulle en el cerebro de ese hombre, que tal vez dé al traste con la previsión de ustedes.

En aquel momento volvieron los dos hombres que habían salido precipitadamente del pasillo. El jefe del grupo les hizo una pregunta en su idioma y éstos asintieron con la cabeza. Luego miró a los prisioneros y dio unas cuantas órdenes a sus hombres.

Burton, al igual que sus dos amigos, se sintió levantado en vilo por tres de sus guardianes.

La comitiva ascendió la escalera hasta alcanzar las habitaciones posteriores de la planta baja del edificio; después fueron atravesando habitaciones y desembocaron en el amplio «hall».

Burton pudo distinguir tres coches cerrados que esperaban frente a la puerta principal de la Casa Blanca. Al lado de la portezuela de cada uno había dos orientales armados hasta los dientes.

Una voz del jefe del grupo y los tres hombres fueron transportados hasta los vehículos.

Malone fue introducido en el primero y Burton y Richardson en el segundo. Además de los chóferes correspondientes, dos hombres armados entraron en cada uno de los coches. El tercero reforzaba la escolta y llevaba cinco hombres en el interior.

Los motores se pusieron en marcha y poco después avanzaba la caravana en dirección al centro de la ciudad.

La marcha era lenta y Burton pudo echar un vistazo a través de los resquicios que dejaban las cortinillas del automóvil.

La ciudad quedaba casi tan desierta como el día en que se hizo público el ultimátum dirigido por el enigmático «Hombre de Ayer». Los montones de basura se amontonaban en las calles y todos los establecimientos de la ciudad permanecían con sus puertas cerradas.

Indudablemente el pueblo se encontraba atemorizado en sus domicilios. La noticia de la brutal destrucción de París y Moscú había llenado de temor a los ciudadanos, los cuales temían incurrir en el enojo de los invasores. De habérselo propuesto hubieran acabado con el pequeño grupo de orientales que se había adueñado de la ciudad que era el cerebro de los Estados Unidos, pero todos estaban convencidos de que no se hubiera resuelto la situación adoptando una actitud semejante. Washington hubiera sido borrada de la faz del planeta, con la misma facilidad que lo fueron otras grandes urbes.

—No deje de observar el camino que llevamos, Burton. Quizá

pueda sernos muy útil saber con exactitud el lugar de nuestro nuevo encierro.

—No pierdo detalle. Parece ser que nos dirigimos hacia el extremo Este de la ciudad. En este momento atravesamos la calle 21.

—Yo no puedo ver nada porque me lo impide este camello con cierta apariencia humana que tengo a mi derecha —maldijo el profesor.

Pero la quietud de la ciudad sólo era aparente. Mientras los tres amigos eran conducidos a su destino, un grupo de hombres actuaba febrilmente tras los tabiques de los silenciosos edificios. Tras las cortinas echadas, muchos pares de ojos oteaban agudamente lo que sucedía en el exterior.

La salida de los prisioneros había sido observada minuciosamente desde el instante mismo en que fueron introducidos en los coches. Un hombre señaló un número en el teléfono y se puso al habla con un misterioso comunicante.

—Ya han salido. Van en tres turismos cubiertos. Los dos primeros coches llevan a los prisioneros; en cada uno de ellos van dos hombres armados más el chófer. En el último, van cinco hombres de escolta. En este momento se introducen por la calle cinco, en dirección a Forshit Street.

El hombre colgó el auricular y vio como los tres automóviles se perdían hacia la parte sur de la calle.

Cuando los tres coches doblaron la esquina de Forshit Street, otro misterioso vigía mareó un número del teléfono para comunicar el paso de los vehículos. Durante todo el trayecto fueron, pues, observados y la invisible red telefónica se tejía al paso de la caravana.

Cuando la trágica comitiva se introdujo en la calle 81, el hombre que vigilaba su paso llamó con gesto nervioso a través del teléfono.

—Se han introducido en la calle 21; la única salida posible es por Presidente, o en dirección Este, hacia la Avenida Edison. Creo que es el momento apropiado.

El hombre que al otro extremo del hilo se había puesto en comunicación con el que había dado el anterior informe colgó el aparato. Sobre una pequeña mesa tenía un ligero pero eficaz equipo radio-emisor, que puso en marcha rápidamente.

—Aquí Jefe del Núcleo C. Caravana de tres automóviles en dirección a la avenida Edison o a la calle del Presidente Talbert. Grupos «uno» y «cinco», preparados para entrar en acción. Actúen en cuanto los vean.

… …
…

Los tres coches torcieron por la calle del Presidente. Burton miraba a través de la rendija de la ventanilla, observando el desolado paisaje que mostraban las desiertas calles.

—¡Que me embadurnen la barba con alquitrán si no es cierto lo que están viendo mis ojos!

Burton miró a través del parabrisas del coche y descubrió el motivo del asombro expresado por Richardson: unos cien metros más adelante, y surgiendo de una bocacalle lateral, apareció el motor de un automóvil. El coche en el que viajaba el profesor Malone hizo un pequeño giro y pudo salvar el obstáculo, pero unos segundos después, la imponente mole de un pesado camión se detenía, interceptando el paso de la calle. El automóvil en que iban Burton frenó a pocos metros del mecánico mastodonte, mientras el chófer mascullaba una imprecación en su extraña lengua, los dos guardianes que custodiaban a Burton y a Richardson miraron sorprendidos la inesperada aparición del vehículo; cruzaron una mirada de inteligencia y con gesto rápido salieron del automóvil, encañonando con tono amenazador al conductor del camión. Sus ojos brillaban por la ira y el rictus de su boca expresaba claramente la decisión asesina de los dos hombres. Ya se disponían a apretar el gatillo cuando el siniestro tableteo de una ametralladora, manejada por el hombre que iba al lado del conductor del camión segó en flor el acto de los dos orientales. El conductor del automóvil que trasportaba a los dos amigos echó mano a su pistola y comenzó a disparar contra los atrevidos asaltantes. Burton se puso de pie penosamente y se dejó caer por la puerta que habían dejado abierta los dos guardianes, poco después le imitaba Richardson y ambos quedaban tendidos en el suelo de la solitaria calle. El hombre que había manejado la ametralladora fue alcanzado por uno de los disparos del conductor y cayó contra el parabrisas del camión. Con gesto rápido el desconocido que estaba al volante se apoderó de la ametralladora y disparó una larga ráfaga contra el oriental. En aquel momento los hombres de la escolta saltaron a tierra y se dirigieron hacia el camión, pero desde los balcones de ambos lados de la calle surgió un infierno de fuego que segó la vida de todos.

El conductor del camión apretó el acelerador y dio paso a dos poderosos automóviles de turismo que se cruzaron en la calle, en el mismo sitio que había ocupado pocos momentos antes el transporte. Varios hombres saltaron ágilmente y se dirigieron a los dos prisioneros. En unos segundos los liberaron de sus ligaduras

—¡Robert! —exclamó Burton.

—¿Te ha alcanzado algún disparo?

—No. Tanto el profesor como yo, estamos bien.

—Doy gracias a Dios porque nos haya salido bien la treta.

—El profesor Malone va en el coche de delante. Es preciso que le demos alcance.

—Ha sido un pequeño fallo de nuestra maniobra. El camión debió avanzar cinco segundos antes.

—¡No perdamos tiempo, Robert!

—Tú, Mike, sigue el mismo camino que lleva el otro automóvil —dijo Robert al que conducía uno de los vehículos—; yo me meteré por esta calle y procuraré salirles al encuentro.

En menos de tres segundos los hombres que habían libertado a Burton y Richardson ocuparon sus puestos y los dos automóviles salieron disparados.

Robert se introdujo por el callejón que tenía enfrente y evolucionó con la maestría de un as del volante. Afortunadamente las calles estaban totalmente desiertas y no había peligro de que ningún obstáculo transformara aquella loca carrera en una catástrofe mortal. A pesar de que Burton tenía los nervios bien templados, apenas si se atrevía a respirar ante la loca sucesión de edificios que parecían abalanzarse contra el coche, para ser esquivados en una fracción de segundo y quedar detrás en un instante. Jamás ningún automóvil había cruzado las calles de la ciudad a la velocidad que lo hacía aquel. Burton miró el cuenta-kilómetros y vio que marcaba una velocidad de 132 kilómetros por hora. Por fortuna el coche era ancho y tenía el centro de gravedad muy bajo, pues Robert no se tomaba la molestia de frenar en los continuos virajes que hacía.

Ya iban a desembocar en una calle transversal cuando pasó ante sus ojos el coche que conducía al profesor Malone.

—¡Ahí los tenemos, Burton! —mientras Robert decía estas palabras, maniobraba con soberbia habilidad y se ponía detrás del coche fugitivo.

Percatados los guardianes del profesor Malone de la persecución a que eran sometidos, rompieron con la culata de las pistolas el cristal de la ventanilla trasera y comenzaron a disparar con furia.

Si la primera parte del viaje le había parecido a Burton una antesala de la muerte, en aquellos momentos le parecía encontrarse en el infierno. Robert, sin detener un ápice la velocidad, imprimía a la marcha del coche un movimiento sinuoso, capaz de destrozar los nervios más templados.

—No podemos replicar con nuestras armas porque podríamos herir al profesor —comentó con voz serena Robert.

—No creo que esto pueda durar mucho —murmuró sinceramente Burton.

El coche seguía haciendo violentas curvas desde una acera a otra, mientras las balas silbaban a su alrededor. En tres ocasiones los enemigos consiguieron hacer blanco en el automóvil, sin que por fortuna se produjera ninguna victima en el interior.

—Si seguimos así, acabarán con nosotros.

—¿Qué hacemos, Robert?

—No hay más remedio que intentar una maniobra. Sujetaos todos bien, al objeto de que vuestro peso no me impida dominar el automóvil. Voy a intentar algo que saldrá bien, o no nos dará tiempo de percatarnos de que sale mal

Burton quiso pensar en cuál sería el plan que pensaba poner en acción su amigo, pero antes de que hubiera pasado un segundo se encontró metido en plena acción.

Robert pisó el acelerador a fondo y el poderoso automóvil saltó hacia adelante, como una fiera herida por la mordedura de un disparo. La maniobra sorprendió tanto a los ocupantes del otro automóvil que, por unos momentos, hicieron enmudecer el fuego de sus pistolas.

Robert aprovechó el momento de desconcierto de sus enemigos para situar su bólido al lado izquierdo del coche perseguido, luego gritó a sus amigos:

—¡Sujetaos bien!

Un ligero giro al volante y el automóvil de Robert se precipitó contra el otro. La inesperada maniobra sorprendió al otro conductor, que a duras penas pudo dominar el coche, mientras apretaba desesperadamente el freno que tenía bajo su pie. Robert sincronizó su freno con el de sus enemigos y los dos coches patinaron durante un largo trecho, armando un gran estruendo al romper cristales y resbalar sobre el pavimento. Robert asía fuertemente el volante y seguía empujando al coche contrario hasta que los dos vinieron a chocar contra los edificios que bordeaban la calle por el lado derecho.

Aun no se habían detenido los dos automóviles cuando ya los hombres de Robert saltaban con sus pistolas preparadas y encañonaban a los ocupantes del otro vehículo.

—¡Quietos o disparamos! —gritó Richardson en el idioma de aquellos hombres.

Tan rápida había sido la maniobra y tan sorprendidos estaban

los guardianes de Malone, que no hicieron el menor movimiento para rechazar la agresión. En un abrir y cerrar de ojos fueron desarmados y sacados a empellones del vehículo.

—No les perdáis de vista —ordenó Robert a sus hombres.

Entre Robert y Burton sacaron al profesor Malone de aquel amasijo de hierros retorcidos y cristales rotos.

—¿Se encuentra bien, profesor? —preguntó Burton solícitamente.

El viejo profesor tenía la cara completamente pálida y los ojos le brillaban por la emoción del momento vivido. Su ropa se encontraba en desorden y el blanco cabello aparecía revuelto sobre su frente despejada.

—Estoy bien, Burton, estoy bien. Apenas si comprendo qué es lo que ha sucedido, ¡Ha sido todo tan rápido!

—La acción, providencial de mi amigo Robert ha conseguido liberarnos de nuestros enemigos.

—¡Loado sea Dios! —murmuró el anciano mientras estrechaba efusivamente la mano que le tendía su nuevo amigo.

—Estoy satisfecho de haber conseguido el rescate de ustedes sin tener que lamentar ninguna víctima entre los nuestros. Era un plan arriesgado, pero no estábamos en condiciones de elegir mucho. Falló nuestro camión cuando recibió la orden de interceptar el paso a la caravana. Toda la calle estaba ocupada por nuestros hombres y hubiera sido cosa fácil deshacernos de nuestros adversarios.

—No diría yo que ha sido cosa muy fácil conseguir librarme de estos desalmados.

—Su rescate ha sido improvisado —sonrió Robert.

—Ha sido una improvisación genial… o suicida —sonrió Burton.

—¡Qué me peguen fuego a mis barbas si creía que salíamos con vida de ésta! —intervino Richardson—. Jamás mi vida ha estado tantas veces en peligro en tan poco espacio de tiempo.

—Creo que no debemos permanecer más tiempo aquí. Aunque los hombres que hoy sojuzgan a nuestra nación son pocos y dudo que se hayan enterado de este acontecimiento, hemos de ser prudentes hasta el máximo.

Los hombres de la guardia fueron repartidos entre los colaboradores de Robert, para su vigilancia, y emprendieron el camino de retroceso a pie, pues los dos coches habían quedado totalmente inutilizados.

No habían caminado más de doscientos metros, cuando el segundo coche que salió en persecución del que llevaba al profesor Malone se detuvo al lado de la extraña comitiva.

—¿Cómo han ido las cosas, Robert? Parece ser que esta vez has conseguido unas buenas piezas de caza mayor.

—Te voy a regalar a uno de estos ejemplares, viejo Mike, para que lo pongas en una jaula en el salón de tu casa.

—Vamos a ver si conseguimos meternos todos en esa vieja lata que tú conduces y podemos volver hasta donde está el camión.

Los prisioneros fueron introducidos a viva fuerza en el interior del automóvil y el profesor Malone tomó asiento junto al conductor.

—¿Qué vais a hacer vosotros?

—Procuraremos agarrarnos a donde podamos —contestó Robert.

Un minuto después, el coche arrancaba pesadamente, llevando su voluminosa carga. Robert y sus hombres se habían situado en los sitios más inverosímiles del automóvil, unos tendidos sobre los guardabarros delanteros o sobre el capot del motor, otros, entre los que se encontraban Burton y Richardson, en el mismo techo del automóvil.

El coche crujía bajo la enorme carga, pero avanzaba a regular marcha hacia su objetivo. Cuando llegaron al lugar ocupado por el camión saltaron del vehículo y se dirigieron hacia el chófer, que permanecía apoyado contra una rueda delantera. La calle continuaba desierta, sembrada aquí y allá por los cuerpos de los enemigos.

—¿Cómo han ido las cosas, Tommy?

—Retrasé un poco mi salida. Estaba tan nervioso que no acertaba a poner la puesta en marcha.

—¿Y James? ¿Dónde está?

—Le alcanzaron dos balazos, uno en el hombro izquierdo y otro en el cuello, pero no creo que sean de gravedad. Le he taponado las heridas y lo he acostado en la caja del camión.

—Entonces, vámonos de aquí.

Los prisioneros subieron al camión bajo la amenaza de las pistolas y poco después lo hacían los hombres que constituían aquel audaz grupo.

—¿A dónde vamos, Robert? —preguntó Tommy, que había ocupado de nuevo su puesto al volante.

—Punto de apoyo 17 —ordenó Robert.

El camión se puso en marcha y poco después desaparecía entre el dédalo de calles, dejando tras sí el escenario de la terrible lucha.

CAPITULO VIII

DESPUÉS de una hora de marcha, el camión llegó a su destino en las afueras de Washington. Una desviación de la carretera principal les había llevado hasta una amplia residencia rodeada de un espléndido jardín, cuyos árboles ocultaban casi por completo el amplio edificio de dos plantas.

Dos hombres armados abrieron las verjas exteriores y dieron paso al vehículo, que se detuvo en la parte posterior de la casa. Todos los hombres saltaron al suelo con gesto de satisfacción.

—¿Qué hacemos con los prisioneros? —preguntó Mike.

—En los sótanos de la casa tendrán un alojamiento adecuado. Ponedles una vigilancia permanente y adviérteles que no se anden con contemplaciones; al primer intento de evasión deben disparar sobre ellos. Nunca hubiera creído que tendría que dar una orden semejante, pero estos angelitos han demostrado de lo que son capaces.

Entre Mike y varios hombres más empujaron a los prisioneros hacia una pequeña puerta lateral que comunicaba directamente el jardín con los sótanos de la casa. Burton estaba asombrado de todo cuanto había visto en las últimas horas y espiraba con ansia el momento de las explicaciones.- Un sofocado grito le hizo volverse alarmado al tiempo de recibir entre sus brazos a un ser que se precipitaba alocadamente sobre él. Con gesto instintivo dirigió su mano derecha hacia el cuello del inesperado asaltante cuando un grito paralizó en el acto su movimiento.

—¡Burton, Burton! ¡Qué alegría verte de nuevo!

—¡Lauren! ¡Qué sorpresa encontrarte aquí! ¿Cómo te encuentras, amor mío?

En efecto, era Lauren el inesperado personaje que había caído en los brazos de Burton. Una mezcla de sonrisa y lágrimas iluminaba la cara de la muchacha, que se estrechaba contra el pecho de Burton llena de emoción y alegría.

—¡Mis plegarias han sido escuchadas! ¡Temí tanto haberte perdido para siempre!

—Creo que no voy a poder soportar tantas emociones. Cualquiera diría1 que estoy viviendo un descabellado sueño, donde siempre sucede lo más inesperado.

—Pasemos al interior de la casa —intervino Robert—. Aunque no es de suponer que podamos encontrar otros enemigos sobre la superficie de la Tierra que esos desalmados a los que ya conocemos, es conveniente que tomemos todas las precauciones posibles.

—¿Qué hacemos con el camión? —preguntó uno de los hombres de Robert.

—¡Ah, casi se me había olvidado! Transportad inmediatamente al herido a casa del doctor Burke. Después esconded el camión y marchad al puesto número tres. Mike y los demás se quedarán aquí para relevar en la vigilancia de los prisioneros.

Aquellos hombres no se hicieron repetir la orden y poco después el enorme camión atravesaba nuevamente la puerta principal del jardín.

Burton y sus amigos entraron al interior de la elegante casa y tomaron asiento alrededor de una mesa. Sendos vasos de whisky fueron ingeridos y la reunión entró por el camino de las explicaciones.

—Espero que no permitirás que se prolongue nuestra curiosidad sin haberla satisfecho —dijo Burton—. Son tantas las cosas que te preguntaría que me parece preferible que empieces por donde consideres más oportuno.

Robert sonrió ante la petición de su amigo y se concentró durante unos segundos.

—Te advierto que yo mismo dudo de que todo sea una realidad. Los acontecimientos se han precipitado de tal modo que no he tenido ni un instante para pensar sobre ellos.

—Vamos al grano —cortó Burton cuya impaciencia subía de grado a cada instante.

—Tranquilícese Burton —dijo Richardson mientras se acariciaba su rojiza barba como preámbulo al goce que iba a experimentar ante el relato de Robert—. Por nada del mundo me perdería una sola palabra de este relato.

—La cosa empezó el mismo día que el Presidente expuso a la nación la situación en que nos encontrábamos. Cuando escuché que íbamos a ser sojuzgados por ese misterioso «Hombre de Ayer», creí volverme loco de desesperación, pero cuando supe que el gobierno y el Estado Mayor en pleno iban a quedar como rehenes, se me heló la sangre en las venas. Por un momento no di ni un centavo por vuestras vidas; la actuación del enemigo había sido demasiado expresiva para esperar la menor clemencia por su parte. Me encontraba sumido en un mar de confusiones cuando vino Lauren a mi encuentro. Se había marchado del hospital y no paró ni un

instante hasta dar con mi paradero.

—Mi único deseo era incorporarme a mi puesto de secretaria —sonrió la muchacha.

—Durante varias horas estudiamos la situación, convencidos de que no podíamos hacer nada, pero al final llegamos a la conclusión de que debíamos prepararnos para el improbable caso de que pudiéramos intervenir.

—Pero nuestro rescate no parece obra de la improvisación —comentó Malone.

—Pensamos —continuó Robert—, que tal vez el enemigo no decidiera eliminarlos en el acto, y que si pretendía hacerlo lo haría fuera de la Casa Blanca. Entonces decidimos organizar un grupo de rescate que fuera capaz de asaltar la Casa Blanca o de raptaros durante el camino, si es que os sacaban de allí, como realmente ha sucedido.

—¡Bendita sea tan generosa idea! —murmuró Richardson.

—Yo disponía de un grupo de amigos que habían participado conmigo en muchas de las cacerías que he realizado en esta vida. Todos ellos son hombres fuertes y avezados a la acción y al peligro. Una cosa teníamos a nuestro favor: los pocos efectivos de nuestros enemigos y la seguridad de encontrar apoyo donde quiera que lo solicitáramos.

Lauren y yo nos pusimos al habla con mis compañeros y conseguimos organizar el grupo que ha intervenido en esta operación. Desgraciadamente, el Presidente y los demás miembros del Gobierno y del Estado Mayor fueron sacados de la Casa Blanca antes de que lo tuviéramos todo dispuesto,

Desde uno de nuestros observatorios avanzados vimos cómo se los llevaban hacia un desconocido lugar, pero también pudimos observar que ni tú ni los profesores Richardson y Malone ibais en la expedición.

Entonces, aceleramos nuestros preparativos para intervenir en el momento en que salierais de la residencia del Presidente.

Durante una larga semana esperamos con impaciencia el momento. Una invisible red de observadores, conectados telefónicamente, fue tendida alrededor de la Casa Blanca, mientras que varios grupos de acción esperaban, apostados estratégicamente, el momento de entrar en lucha.

Cuando, por fin, vimos que os montaban en los tres automóviles, se puso en marcha nuestro dispositivo. Lo demás ya lo saben ustedes.

Ahora nos encontramos en la casa de los padres de uno de mis

amigos, convertida en uno de nuestros puntos de apoyo. Hemos hecho que estos señores se trasladen a otra localidad, para impedir que sean represaliados en el problemático caso de que nuestros enemigos dieran con este escondrijo.

Burton y los dos profesores alabaron merecidamente la audacia y el valor mostrados por Robert y sus compañeros.

—¿Y tú, qué me cuentas de vuestro cautiverio? ¿Por qué no salisteis con los demás? ¿Quiénes son esos malditos hombres que intentan sojuzgar el planeta? ¿Cuál es el secreto de su fuerza?

Burton se sirvió otro vaso de whisky y comenzó el relato de sus aventuras, desde el momento que se encerraron en la Casa Blanca, esperando la llegada de los extraños invasores.

Cuando terminó, Robert mostraba una cara de asombro inconcebible.

—¡Que me rasque la espalda un rinoceronte con su cuerno si no estoy más sorprendido que un leopardo caído en una trampa! ¿Y dices, que esos hombres son capaces de utilizar contra nosotros las armas que ya fueron utilizadas en otros tiempos?

—Esa es mi hipótesis, Robert. No se puede explicar de otra manera la serie de incomprensibles fenómenos que nos han conducido a la derrota.

—Yo no entiendo nada de lo que me has dicho, pero pienso que será verdad cuando eres tú el que lo dice.

—Yo mismo he dudado durante mucho tiempo —confesó Richardson—, pero he llegado a la conclusión de que es cierta la hipótesis de Burton. Por fantástica que parezca, está avalada por suficientes hechos, para tomarla completamente en serio.

—Si es cierta tu hipótesis, Burton, las cosas podrían simplificarse extraordinariamente. Tal vez si hiciéramos una visita a las estribaciones del monte Everest, consiguiéramos dar con la fuente del siniestro poderío de nuestros agresores.

—No tenemos otra alternativa. La debilidad de nuestros enemigos reside en lo esquemático de su organización. El hombre que ha inventado el retractor de ondas, se encuentra completamente solo en su tarea. Todos los demás no son más que simples comparsas en esta dramática lucha emprendida por un solo hombre contra toda la Tierra.

—Aunque no es demasiado fácil hacer el viaje hasta el monte Everest, tampoco resulta una tarea imposible. El hombre que hoy rige el destino de los Estados Unidos ha prohibido totalmente el despegue de ningún avión, bajo la amenaza de tomar graves represalias sobre cualquiera de nuestras ciudades. Sin embargo,

creo que encontraremos algún procedimiento para burlar esa orden.

—Por hoy, creo que es excesiva la dosis de emociones que hemos tomado, —cortó el profesor Malone—, Si queremos ser útiles a nuestra causa hemos de cuidar tanto que no decaiga el aliento de nuestro espíritu, como las fuerzas de nuestro cuerpo.

—Tiene razón, profesor. Creo que lo mejor es que dediquemos el resto del día a reponer nuestras fuerzas y mañana estudiaremos el plan a seguir.

Todos los presentes quedaron de acuerdo sobre este punto y decidieron abandonar la discusión de nuevos problemas hasta el día siguiente.

Richardson llenó de nuevo los vasos de whisky y cogiendo el suyo lo levantó en el aire:

—Porque en breve termine esta pesadilla.

Todos levantaron su vaso y brindaron porque la profecía del profesor Richardson tuviera una feliz realidad.

CAPITULO IX

SI en un principio no representaba mucho riesgo el hacer el viaje hasta el Tíbet, los dos días siguientes trajeron nuevos acontecimientos, que pusieron mayores dificultades a nuestros amigos.

En primer lugar, el hombre que dirigía la organización de los invasores en toda América había ordenado a las propias Fuerzas de los Estados Unidos que destruyeran todas las armas de que el Ejército disponía, bajo la amenaza de destruir dos de las ciudades más importantes de dicho país si se negaban a hacerlo. Aunque la labor requería mucho tiempo, los Jefes y Oficiales comenzaron a realizar tan triste tarea.

Uno de los colaboradores de Robert, que se había puesto en contacto con un jefe de la aviación americana, vino aquella tarde con malas noticias. Burton y Robert lo esperaban impacientes, mientras discutían los detalles de la posible excursión al Himalaya.

—¿Qué hay, Mike? ¿Qué noticias nos traes?

—Malas noticias, Robert. He hablado con el coronel Taylor y se ha vuelto atrás.

—Pero ese hombre se había comprometido a facilitarnos un aparato —dijo Burton con acento de enojo.

—Las cosas han cambiado, Burton —contestó Mike. La amenaza hecha por los invasores ha sobrecogido al único de los que querían ayudarnos. El coronel Taylor es un hombre honrado y valeroso, cuya familia se ha dedicado tradicionalmente al servicio de las armas, pero ahora teme incurrir en la grave responsabilidad que podría deducirse de un acto semejante. La amenaza de destruir las dos ciudades más importantes de los Estados Unidos ha frenado su entusiasmo ante la empresa.

—Yo comprendo —dijo Burton—, que ese hombre sienta esos escrúpulos. No es tarea fácil cargar con esa responsabilidad; pero hay que darse cuenta que la situación requiere correr todos los riesgos y afrontar todas las situaciones. Estoy seguro de que los invasores están dispuestos a acabar con la mayor parte de la humanidad en fecha no muy lejana.

—El coronel tiene sus dudas —repuso Mike—. Ayer le expliqué tu teoría, y estaba dispuesto a poner a nuestra disposición un aparato, para que intentáramos comprobarla, pero hoy se sentía sobrecogido por el temor. Piensa que, después de todo, tu hipótesis

puede no ser cierta y, en consecuencia, le parece arriesgarse demasiado.

Richardson y Malone entraron en aquel momento al saloncito donde se celebraba la conferencia.

—¿Qué noticias hay? —preguntó Richardson.

—Malas noticias —contestó Robert—. El coronel Taylor se ha vuelto atrás. La orden de Toki sobre la inutilización de todas las armas le ha obligado a retroceder en el plan que habíamos trazado.

Durante un buen rato, Mike explicó con detalle la entrevista con el coronel y un tinte sombrío fue invadiendo la mirada de todos los presentes.

—Sí que es un contratiempo —comentó Richardson.

—Tengo algunos amigos que disponen de avión particular —dijo Robert—, pero ninguno de ellos tiene un radio de acción suficiente como para llegar hasta el Himalaya.

—La cosa se complica —dijo Malone—. He estado escuchando la radio durante varias horas. Según parece han empezado a desembarcar, por vía airea, en nuestro país grandes contingentes de fuerzas armadas de origen oriental.

—¿Son chinos? —preguntó Burton.

—Al parecer, no se trata de hombres de un solo país, sino más bien de gentes reclutadas entre varias sectas budistas: Hay indochinos, hindúes, tibetanos, japoneses mongoles... Según el comunicado del Gobierno de Toki al dar la bienvenida a estas fuerzas, parece que se elevan a más de cien mil soldados. Aviones de toda Europa y de las bases en Asia, de Inglaterra, Francia y de nuestro propio país, han hecho el traslado. El aterrizaje lo han realizado en diversos aeródromos nacionales, y están procediendo a una ocupación efectiva de los puntos neurálgicos del país.

Lauren, que había entrado en el momento en que el profesor Malone pronunciaba aquellas palabras, intervino en la conversación.

—Lo que dice el profesor representa una seria dificultad: Sin embargo, no creo que sea motivo para desesperarse. Esos hombres habrán ocupado los aeródromos más importantes del continente americano, pero es muy posible que haya algún lugar de menor importancia donde puedan encontrarse algunos aparatos de gran radio de acción y que todavía no hayan sido ocupados por el enemigo.

—La sugerencia tiene un gran valor —intervino Richardson—-. Al menos por el momento, es imposible que esos hombres ocupen todas las dependencias aéreas de importancia.

—Sí, pero hay que tener en cuenta —intervino Robert—. que tal vez no sea ese el único contingente de hombres que envíen a ocupar nuestro continente. Si el «Hombre de Ayer» ha conseguido la colaboración de un gran sector de hombres de raza amarilla, podemos estar seguros de que desde ahora contarán con hombres suficientes para hacer una ocupación efectiva de las principales potencias terrestres. La raza amarilla cuenta en la actualidad con mil ciento cincuenta y dos millones de hombres. Solamente con un diez por ciento que esté dispuesto a colaborar, por una u otra razón, con nuestro invisible enemigo, tendría un contingente de más de cien millones de hombres para distribuirlos por toda la superficie del planeta.

—Estoy de acuerdo con eso —dijo Burton—, pero si bien es cierto que el «Hombre de Ayer» dispone de un arma secreta de inmenso poder, capaz de poner de rodillas a todo el mundo a sus pies, en los demás aspectos tiene que servirse de los medios que nuestra civilización había creado hasta ahora. El transporte lo tendría que efectuar con los aviones que ya conocemos y cuya capacidad es limitada. Aún suponiendo que pueda desplazar contingentes de cien mil hombres en cada viaje, como ha sucedido en la ocupación de nuestro continente, tardaría varios meses en conseguir distribuir sus fuerzas estratégicamente. Si nosotros actuamos con rapidez, puede ser que aún consigamos llegar al logro de nuestro objetivo.

—Me parece razonable lo que dice, Burton. Tenemos que poner un plan en marcha inmediatamente ¿Qué es lo que se te ocurre?

—Hemos de hacernos con un gran avión de transporte.

—En eso estamos de acuerdo, pero ¿dónde? ¿cómo?

—Sólo hay un hombre en toda América que estaría dispuesto a decírnoslo si nosotros se lo preguntáramos.

—¿Quién es ese hombre?

—Bud Nothing.

—¿Te refieres al famoso piloto de pruebas? —preguntó Lauren.

—A él mismo.

—Tal vez no quiera cargar tampoco con semejante responsabilidad —intervino Richardson.

—No lo crea, profesor. Conozco a Bud desde su infancia. Hará cualquier cosa que yo le pida. Su carácter arriesgado resulta evidente con sólo que consideremos la profesión elegida. Bud es un hombre cuya fortuna le permite vivir sin trabajar; sin embargo ha arriesgado más de mil veces la vida probando nuevos modelos de aviones.

—No me parece mal pensado el personaje —intervino Malone ¿Pero dónde lo podemos encontrar?

—Es la cuestión más peliaguda. Jamás he sabido a ciencia cierta dónde poder encontrarme con Bud. Nos hemos visto a menudo, pero siempre ha sido el azar el que nos ha llevado uno junto al otro. La última vez que lo vi fue hace cinco meses en un pueblecito del Canadá. Su residencia actual es en Nueva' York, pero dudo que podamos encontrarlo en su casa.

—De todas formas, creo que no tenemos otra alternativa —intervino Robert—. Nuestra secreta organización ha ido creciendo y disponemos de algunos hombres allí. Podemos movilizarlos y ver de conseguir localizar a tu amigo.

—Me parece bien la idea —dijo Burton.

Robert miró a Mike y éste asintió con una sonrisa.

—Sí; Robert Yo me encargaré del caso. Los muchachos de Nueva York están entusiasmados al saber el buen éxito que ha tenido nuestra empresa para rescatar a nuestros tres amigos. Están deseando entrar en acción para emular al grupo de Washington. Creo que se lanzarán como locos a la busca y captura de Bud Nothing.

—Entonces, queda decidido ¿Cuándo podrás ponerte en camino?

Mike miró su reloj de pulsera.

—Dentro de diez minutos ¿Te parece bien?

—Espléndido, muchacho.

—Creo que debo hacer el viaje en automóvil. Aunque por ahora se puede transitar tranquilamente por todo el país, la presencia de ese contingente de asiáticos me obliga a ser precavido. Tal vez hayan empezado a controlar las estaciones de ferrocarril.

—Entonces, te llevarás mi coche —dijo Robert.

—De esa manera haré el viaje rápidamente. Sin forzarlo mucho puedo sacar una media de 150 por hora.

—Te recuerdo que es preciso que llegues a Nueva York.

—La velocidad no es mucha —sonrió Mike—. Ten en cuenta, que todas las carreteras están totalmente desiertas. Aunque la gente ya va aventurándose a salir a la calle, nadie se atreve a alejarse de su casa más de un kilómetro o dos; puramente lo indispensable para procurarse algunas provisiones y seguir esperando.

El plan quedó acordado y poco después se despedía Mike para ir a su habitación y prepararse para el viaje.

—En cuanto a los demás miembros del Gobierno y del Estado Mayor ¿se sabe algo? —preguntó Burton.

—Por fin hemos conseguido dar con su paradero —contestó

Robert—. Se encuentran prisioneros en un pequeño y sólido edificio situado en las afueras de la ciudad. Se ve que el lugar ha sido buscado especialmente. Tiene unos sólidos muros y es fácilmente defendible. Está rodeado por una poderosa guardia de más de trescientos hombres. El Gobierno de Toki ha anunciado al país que los fusilarán en cuanto se produzca el más ligero acto de sabotaje. Asimismo ha anunciado que quien conozca el paradero tuyo y de los profesores Richardson y Malone, y no lo comunique a la Casa Blanca, será fusilado si cae en manos de las Fuerzas de Toki.

—¿Y qué es lo que piensas hacer? —sonrió Burton.

—-En cuanto oí la noticia me eché a temblar y todavía estoy temblando.

La salida de Robert produjo una carcajada general y la reunión perdió el aire solemne que había tenido hasta aquel momento.

En el exterior del edificio se oyó el zumbido del poderoso motor del coche de Robert.

—Dios quiera que tenga buen éxito -—murmuró Lauren.

—Que El la oiga, hija mía, —sentenció el profesor Malone.

… …
…

Cuando Mike llegó con su acompañante, dos días después de su partida, Burton y los demás amigos !e recibieron con un ¡hurra! formidable.

—¡Aquí os lo traigo! —gritó Mike apenas traspuesto el umbral de la puerta—. He tenido que seguirle las huellas como si se tratara de un elefante fugitivo por la selva.

Burton abrazó a su amigo y lo presentó a los demás miembros del audaz grupo.

— ¡No sabes cuánto me alegro de verte, viejo alquimista!

—Mi alegría es doble, Bud. Te necesitamos.

—Algo de eso me ha dicho este diablo de Mike, a quien habéis lanzado en mi busca y captura. Es un gran muchacho y nos hemos hecho buenos amigos.

—Hubo un momento que creí que no conseguía hacerme con él —sonrió Mike—. Si me aplica mejor el directo, me hubiera quedado durmiendo durante más de una hora.

—¿Qué ha sido eso, Mike? —preguntó Robert.

Fue Bud el que contestó.

—No están los tiempos como para dejarse perseguir por nadie. El primer encuentro con Mike tuvo un comienzo poco amistoso. Me vi precisado a lanzarle un directo a la mandíbula, que por fortuna no tuvo toda la eficacia que yo deseaba en aquellos momentos.

—Es el hombre más escurridizo que yo he visto en toda mi vida —intervino Mike—. He tenido que seguirle las huellas como lo hubiera hecho un indio comanche con un enemigo suyo.

—Desde que las cosas se han puesto tan mal procuro no estar localizado en ningún sitio. Cuando me enteré que habían ido a buscarme a casa del amigo con el cual residía, me largué rápidamente.

—Tuvimos que revolver toda la ciudad para dar con la pista de este hombre. Los chicos se han portado magníficamente. Durante veinticuatro horas estuvimos sobre sus talones, y se nos escapó, lo menos, una docena de veces.

—Yo no las tenía todas conmigo. Pensé que eran los hombres de ese maldito Toki, los que venían detrás de mí. Por último me vi acorralado en un callejón sin salida, bajé del coche y esperé. El coche que me perseguía frenó a pocos metros de mí, bajó Mike y lo recibí con un buen puñetazo a la mandíbula. Afortunadamente, dio el nombre de Burton y la cosa se arregló fácilmente.

—Te necesitamos mucho, Bud. Dios quiera que puedas ayudarnos.

—Dios lo quiere, Burton Puedo resolveros la situación perfectamente.

Un gesto de expectación recorrió la cara de todos los presentes.

—Habla de una vez, condenado.

—La situación es la siguiente: los diabólicos invasores que padecemos han traído un importante contingente de hombres de raza amarilla, que se han hecho cargo de todos los aeródromos del país.

Entonces no veo la solución por ninguna parte —comentó-Richardson.

—Si pretendiéramos utilizar cualquiera de estos aeródromos, no conseguiríamos nada —continuó Bud, imperturbable—. Pero hay un lugar que estos hombres no conocen, aunque no creo que tarden mucho en conocerlo. Está a unas cincuenta millas de aquí y es un túnel de pruebas supersecretas donde se someten a ciertos tipos de aviones nuevos a una serie de pruebas y controles. Los nuevos aviones suelen llevarse allí desmontados,, luego se montan y se comprueban, y por último se vuelven a desmontar y pasan a la fabricación en serie o a los arsenales secretos del Ejército.

—No creo muy fácil que consigamos llevar un avión hasta allí, luego montarlo y despegar. Ni siquiera que podamos utilizar alguno que ya haya sido transportado y esté en condiciones de armarse.

—La cosa es más sencilla —replicó Bud—. El avión está allí y se

encuentra dispuesto para emprender el vuelo. Es un modelo especial que tenía que probar yo. Despega verticalmente y es capaz de alcanzar una velocidad de crucero de 4.700 kilómetros por hora.

—¡Es la mejor noticia que he oído en muchos años! —comentó entusiasmado Richardson, mientras se tiraba de la barba nerviosamente.

—De todos modos, no quiero que os hagáis demasiadas ilusiones. Es un prototipo que jamás ha volado. Yo tengo estudiadas sus características ampliamente, pero todavía no lo he probado.

—Eso no importa —dijo Burton—. No tenemos otra posibilidad para elegir. Esperemos que pueda despegar y nos lleve felizmente al término de nuestro viaje.

—Hay que atraer la buena suerte con un brindis —intervino Richardson, el cual le había tomado verdadero gusto a la aventura.

Lauren sirvió a todos un vaso de whisky y Richardson tomó la palabra:

—¡Por nuestra próxima entrevista en el Himalaya!

Todos levantaron sus vasos y sorbieron de un solo golpe el ambarino líquido que contenían.

CAPITULO X

TRES días después, una curiosa caravana salía de la villa donde se ocultaban aquellos hombres.

Las noticias no podían ser más desalentadoras. Los gobiernos de Inglaterra, Francia y Rusia, habían sido pasados por las armas y los nuevos jefes del mundo comenzaban a hacer sentir su peso sobre toda la humanidad. La mayor parte de los intelectuales habían sido apresados y obligados a realizar los trabajos más serviles, los obreros, tenían que trabajar, bajo pena de muerte, sin que hubiese ley que los amparase. Los nuevos señores pretendían organizar en castas a la humanidad, reduciendo a la esclavitud a la mayor parte de la misma. La amenaza constante de destruir, por medio de su misteriosa arma, las más populosas ciudades del orbe, obligaban a todo el mundo a ceñirse a los caprichosos deseos de los dominadores. El «Hombre de Ayer» permanecía invisible en su refugio y desde allí impartía las horribles órdenes.

El pueblo alemán había intentado rebelarse contra los opresores y Düsseldorf y Hamburgo fueron arrasados despiadadamente.

El mundo se hallaba regido por un loco en colaboración con una secta de fanáticos.

En aquellas horas del atardecer, cinco automóviles, repletos de hombres armados, y un camión lleno de enseres, transportaban a Burton y sus amigos para emprender la más audaz aventura que hubieran podido imaginarse.

Del éxito de la empresa dependía el destino de una Humanidad, que si bien había cometido grandes pecados, no era menos cierto que tenía en su haber grandes virtudes.

Todos los hombres iban silenciosos en sus puestos, convencidos de la gran misión que se les había reservado.

Dos horas después de emprender la partida, la voz de Bud rompió el silencio que reinaba en el interior del primer vehículo.

—Debemos detenernos aquí.

Todos los vehículos se detuvieron y los hombres que los ocupaban saltaron al suelo con las armas preparadas.

—Creo conveniente que tomemos las máximas precauciones —dijo Burton—. Quizás nuestros enemigos sepan más de lo que nosotros sospechamos sobre el túnel secreto.

—Me parece muy prudente tu idea, Burton. Nos aproximaremos sigilosamente hacia ese lugar.

El sitio señalado por Bud era una pequeña zona montañosa de veinte o treinta kilómetros de largo por dos kilómetros de ancho. Las primeras estribaciones de la cordillera se encontraban a unos quinientos metros de la carretera. El terreno era accidentado aunque permitía, con dificultad, el paso de los automóviles.

—Lo mejor será que avancemos en orden de combate —sugirió Burton—. Bud y yo, iremos delante, tú, Robert y los demás hombres, podéis seguirnos a cien metros de distancia. Si todo está en orden puede avanzar el camión que transporta los equipos. Lauren esperará en el camión.

La muchacha lanzó una mirada de reproche a Burton. Con pasos serenos se acercó hacia éste y puso sus deliciosas manos en el pecho del hombre.

—No. Burton, no. Tú sabes que ya no me separaré de ti.

—Es sólo por unos instantes, querida.

—Ni aún por esos momentos. Si nuestra empresa fracasa, no quiero seguir viviendo bajo el dominio de estos enviados del infierno. Estaré a tu lado ahora y siempre.

Burton miró a su amada y vio que sus ojos reflejaban una serena firmeza. Nada que le hubiera dicho habría conseguido convencerla.

Con gesto cariñoso la atrajo hacia sí.

—Tienes razón, Lauren. Sé que no puedo engañarte, y, además no quiero hacerlo. Quizá están contadas ya nuestras horas de vida. Acepto con gusto tu compañía.

Lauren sonrió dulcemente y por un instante apoyó su cabeza en el pecho del hombre que había elegido su corazón.

El encanto fue roto por la voz enérgica de Robert.

—Estamos preparados, Burton.

Burton se deshizo del dulce contacto de la muchacha y recobró su aire enérgico.

—¡Vámonos!

Burton y Bud comenzaron a caminar en dirección a las estribaciones montañosas. Cien metros más atrás iba el resto de los hombres, capitaneados por Robert.

Cuando llegaron a la falda de las montañas, Bud detuvo con un gesto a su amigo.

—El sitio está al doblar ese pequeño saliente que se ve a la derecha. En otros tiempos, aquí había una guardia que impedía el paso a cualquiera que se acercase y no perteneciese a esta sección del Ejército.

—Estoy impaciente por llegar.

Los dos amigos continuaron su marcha y poco después daban la

vuelta al rocoso saliente, para enfrentarse con la boca de un amplísimo túnel. Pero no habían hecho más que acercarse a la entrada, cuando dos hombres cayeron sobre ellos. Tanto Burton como Bud reaccionaron rápidamente y consiguieron derribar al suelo a sus enemigos, con sendos puñetazos. Uno de ellos sacó su pistola y disparó contra Bud, pero Burton se lanzó contra su amigo a tiempo de conseguir desviarlo de la mortífera trayectoria de la bala. Casi inmediatamente dio un puntapié a la mano armada de su enemigo y la pistola salió volando a más de diez metros de distancia. El otro adversario había conseguido rehacerse y se dispuso a hacer fuego sobre los dos amigos. Bud sacó su pistola con gran rapidez y disparó sin levantar el arma más allá de su cintura; el hombre abrió los ojos desmesuradamente y un instante después caía al suelo muerto.

En aquel instante una turba de quince o veinte hombres, todos ellos de raza oriental, salían del oscuro túnel y se abalanzaban sobre los dos amigos. Burton y Bud lucharon con fuerzas titánicas pero pronto se encontraron en el suelo bajo el peso de sus adversarios.

Burton sintió que la afilada punta de un cuchillo se posaba sobre su cuello e hizo un sobrehumano esfuerzo por sacudirse a sus enemigos. En aquel instante llegó a sus oídos la voz de Robert:

—¡A ellos, muchachos!

Robert y sus hombres se lanzaron como fieras sobre el grupo de enemigos; éstos, casi indefensos por la sorpresa, ofrecieron tan poca resistencia que poco después se encontraban fuera de combate, bajo la amenaza de las armas de Robert y sus hombres.

Burton y Bud se levantaron del suelo, sacudiendo sus semidestrozadas ropas.

—¿Cómo estáis?

—Todo va bien —exclamaron los dos hombres.

—Creo que hemos llegado en el momento oportuno.

—Hemos de cerciorarnos de que no hay nadie más dentro del túnel —dijo Burton—. Lo mejor será que actuemos con gran rapidez.

Robert dio una orden a Mike y éste y cuatro hombres más se quedaron vigilando a los prisioneros, mientras el resto del grupo, incluida Lauren, se adentraban en el amplísimo túnel, precedidos por la potente luz de las linternas que llevaban para el caso.

Afortunadamente para nuestros amigos el túnel se encontraba completamente deshabitado. Durante más de diez minutos siguieron su rápida marcha, hasta que la luz de las linternas iluminó la silueta del avión.

Bud se dirigió hacia una de las paredes del túnel e hizo girar un conmutador. Una vivísima luz invadió aquel recinto, mostrando con todo detalle la aerodinámica figura del aparato. Se trataba de un avión de nuevo tipo, que tenía la apariencia de un cohete. La proa era de forma cónica y la parte posterior terminaba en la gallarda figura de los timones.

—Es maravilloso —aceptó Burton.

—¡Que le prendan fuego a mis barbas si no es el mas asombroso modelo que pudiera imaginarme en mi vida!

—Aquí tenemos la clave de nuestra salvación, o !a pérdida de nuestras esperanzas —comentó Bud.

—¿Tú crees que funcionará?

—Hasta que no lo intente no puedo decírtelo. Los planos han sido revisados minuciosamente y todo por eco estar en orden. Ahora voy a hacer una revisión general.

Durante más de dos horas, Bud estuvo inspeccionando el aparato, auxiliado por Burton y Richardson.

—Bueno, muchachos, parece que el pájaro está dispuesto a volar.

—¿Y qué debemos hacer ahora?

Bud se rascó la cabeza, en un gesto que quería ahuyentar las dudas que poblaban su mente.

—Este túnel jamás ha sido un campo de aviación. Las pruebas que aquí se hacían eran sobre el aparato inmóvil.

—¿Y qué solución le ves al problema?

—El otro extremo del túnel da a una amplia llanura. Creo que debemos llevar el aparato hasta allí e iniciar el despegue como buenamente podamos. Por fortuna el aparato despega verticalmente. Primero voy a poner en marcha sus motores.

Bud subió al aparato y comenzó a conectar los complicados mandos del mismo. Un suave zumbido respondió a la maniobra del piloto y el moderno avión fue girando sobre su centro, hasta poner la proa en la dirección conveniente.

—Todo en orden, Burton.

—Aproxima el aparato a la salida posterior. Diremos al camión que entre en el túnel y sacaremos el equipo.

Bud accionó suavemente los mandos y el extraño avión se deslizó lentamente hacia la parte posterior del túnel. Media hora después Llegaba el camión y todos los hombres se dedicaron febrilmente a transportar su carga al interior del aparato.

El plan concebido por Burton suponía el transporte de un poderoso equipo. Bud, Robert, Richardson, Lauren y él mismo, se

trasladarían hasta las proximidades del monte Everest; una vez allí, se lanzarían en paracaídas toaos menos Bud, que regresaría a su base. Si la operación tenía el éxito apetecido, Burton comunicaría por radio al cuartel general, establecido en la villa de los amigos de Robert, para que Mike, nombrado jefe supremo en ausencia de Robert y de Burton, procediese a la liberación del Gobierno y el Estado Mayor. Si pasadas 48 horas no se habían recibido noticias favorables, la expedición podía darse por perdida.

En el interior del avión fueron amontonándose los distintos utensilios necesarios para la expedición: armas, equipos contra el frío, equipos de radio, tiendas de campaña, víveres, etc., etc.

Por fin estuvo todo cargado.

—Podemos salir cuando quieras, Burton.

Los expedicionarios fueron abrazando, uno por uno, al resto del grupo que se quedaba en tierra.

El profesor Malone despidió con lágrimas en los ojos a los audaces aventureros.

—Burton hijo mío, ya soy demasiado viejo para hacerme muchas ilusiones sobre lo que la vida pueda reservarme, pero no moriré tranquilo si sé que dejo a nuestro mundo bajo el gobierno feroz de esos hombres. Ten cuidado, pero no regateéis ningún esfuerzo por conseguir vuestro objetivo.

Burton abrazó emocionado al viejo profesor y luego dio las últimas instrucciones a Mike.

—Sé que te gustaría venir con nosotros, pero tu misión es tan importante como la nuestra. Si recibes nuestra llamada radiofónica lánzate a liberar a los hombres de nuestro gobierno y del Estado Mayor Conjunto que están prisioneros. Les comunicas que la terrible arma que amenaza la vida de la humanidad ha sido destruida. Ellos tienen la experiencia suficiente para: saber qué deben hacer, al objeto de exterminar a los invasores que han puesto su planta sobre nuestro suelo.

—Podéis marcharos tranquilos —dijo Mike—. Si recibimos vuestra llamada procederemos según tus instrucciones. Si no las recibimos —aquí, Mike hizo una pausa durante unos segundos—, si no las recibimos, tened la seguridad de que os seguirán, Toki y su maldito jefe, aunque tengamos que perder la vida yo y mis hombres.

Burton, Robert y Bud abrazaron por última vez a aquel hombre, cuyas palabras no caerían en el vacío si llegaba el caso.

—Y ahora, todos al aparato —gritó Bud—. La abuelita va a llevaros a dar un paseo.

Unos minutos después el aparato se deslizaba suavemente hacia el exterior, mientras un ¡hurra! esparcía su eco a lo largo del túnel.

Bud frenó la1 marcha del aparato y elevó gradualmente la potencia de los motores. El zumbido característico del avión fue subiendo de tono hasta convertirse en un penetrante silbido.

La proa del avión fue elevándose, mientras de la parte posterior fueron surgiendo unos soportes dotados de un poderoso muelle. En un minuto el avión alcanzó la vertical y su proa apuntó al cielo como la aguda de un poderoso cohete. El silbido se interrumpió y una sorda explosión casi derribó al suelo al grupo de hombres que observaban maravillados la asombrosa maniobra. Cuando se recobraron vieron con emoción y alegría que el aparato ascendía vertiginosamente hacia las alturas, dejando tras sí una estela de humo azulado, que parecía dibujar un interrogante en el cielo.

Con el aliento contenido vieron cómo se elevaba el aparato hasta alcanzar gran altura, luego hundió suavemente la proa hasta conseguir situarse en posición horizontal con respecto al suelo.

La noche era clara y, aunque el aparato iba con las luces de situación apagadas, su gran volumen permitía ser observado desde el suelo.

Bud dio unas cuantas vueltas, describiendo un cerrado círculo y, por fin, emprendió la marcha rectilínea hacia su destino.

Poco después se perdía de vista el aparato, sumido en la lejanía.

CAPITULO XI

EN este momento volamos sobre la cumbre del monte Everest —comunicó Bud.

—¿Qué hora es? —preguntó Burton.

—Las diez y veinticinco de la noche.

—¿Has tenido en cuenta el cambio de meridiano, Robert?

—Sí, Burton.

—Creo que es el momento propicio para que lo intentemos. Sí conseguimos llegar al suelo bien, montaremos nuestras tiendas de campaña y esperaremos a que amanezca para seguir nuestro plan de operaciones.

Todos los expedicionarios convinieron en que tenía razón Burton. Si aquel azote de la humanidad residía por aquellos alrededores, lo mejor era lanzarse en paracaídas, aprovechando la oscuridad de la noche.

Silenciosamente fueron preparándose para saltar del aparato.

Todas las provisiones y utensilios que debían utilizarse fueron convenientemente colocados en las mochilas que llevarían Robert, Richardson, Lauren y Burton. Luego, se enfundaron adaptando a sus cabezas las escafandras de respiración autónoma, que les eran indispensables en la primera parte del descenso.

Cuando ya todo estuvo dispuesto, Burton y Bud estudiaron detenidamente el mapa de la región.

—El valle donde se encuentra el templo budista es éste —dijo Burton señalando un lugar en el mapa—. Si consiguiéramos caer por los alrededores, nuestra empresa ganaría muchas probabilidades de éxito,

—Acabo de medir la velocidad del viento en distintas capas de la atmósfera. Creo que si os lanzárais unas diez millas al Oeste, vendríais a caer, aproximadamente en el lugar que os interesa.

—Va a ser un poco difícil que consigamos reunimos —intervino Robert—. Es una cuestión que se me acaba de ocurrir ahora.

—La cosa puede arreglarse si operáis con serenidad —contestó Bud—. Es un salto que hemos practicado muchas veces en nuestra flota aérea. Los paracaídas se extenderán a ocho metros de vuestras cabezas. Debéis ataros una cuerda a la cintura que os una a todos, dejando doce metros de distancia entre uno y otro. El salto lo debéis

dar los cuatro al mismo tiempo, situándoos de izquierda a derecha, según el orden de vuestros pesos. Si lo hacéis bien conseguiréis descender al mismo tiempo sin perder el contacto.

Los cuatro audaces expedicionarios, comenzaron a realizar escrupulosamente el plan de Bud. El primero en atarse la cuerda a la cintura fue el profesor Richardson, que pesaría unas treinta libras más que cualquiera de los otros dos hombres; Burton y Robert quedaron en medio y Lauren ocupó el extremo de la derecha.

—Ya estamos dispuestos, Bud.

—Yo creo que debía acompañaros.

—No puede ser, Bud. Has cumplido perfectamente la parte de la misión que se te ha encomendado y ahora nos toca a nosotros. Devuelve el avión a su base secreta.

—¡Que me asen a fuego lento si permito que esta maravilla caiga en manos de los repugnantes hombres de Toki!

—Ten en cuenta —dijo Robert— que tienes que maniobrar el aparato mientas nosotros realizamos el salto.

Bud aceptó refunfuñando las lógicas palabras de su amigo Robert y se dispuso a maniobrar el aparato para llevarlo al lugar del lanzamiento.

En aquel momento unos poderosos focos luminosos dieron de pleno en el fuselaje de la nave aérea, inundando de luz el interior de la misma a través de las ventanas transparentes.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Robert.

—Según parece, esa gente no duerme nunca —replicó Richardson con filosofía.

—Jamás hubiera pensado que disponían de semejante equipo de reflectores —murmuró con asombro Burton.

Por un instante la desorientación más grande cundió entre los tripulantes del aparato.

Bud empezó a maniobrar hábilmente, intentando zafarse de los poderosos haces de luz de los reflectores, pero una tupida red de luminosos rayos hacía totalmente ineficaz la maniobra.

—Deben ser más de cien —dijo Robert.

—Este aparato puede elevarse mucho más —comunicó Bud—, pero vosotros no soportaríais el salto si alcanzara más altura.

—Una terrible explosión a pocos metros de la nave aérea vino a aumentar el desconcierto de sus ocupantes.

—¡Están disparando con cañones antiaéreos!

No había terminado Bud de pronunciar estas palabras cuando las explosiones se centuplicaron alrededor del aparato.

—Cualquiera diría que nos estaban esperando —-comentó

Richardson mientras se agarraba fuertemente para no ser derribado al suelo por el constante bamboleo del aparato.

—Podemos estar satisfechos de los siete millones de dólares que ha costado este aparato. Casi me parece un milagro que hayamos podido soportar la primera andanada. Lo único que siento es que sus armas no estén dispuestas para entrar en acción. Les hubiéramos dado la respuesta que se merecen,

—Creo que no conseguirán derribarnos, Bud. Ese ataque antiaéreo está desprovisto de la fuerza de penetración de los proyectiles.

—¿Por qué dices eso?

—No es lógico pensar que semejante dispositivo antiaéreo haya podido ser montado en estos lugares.

—¡Que se funda el suelo a mis pies si consigo entenderte!

—Están atacándonos con su misteriosa arma. No son proyectiles lo que disparan contra nosotros sino las ondas luminosas, sonoras y caloríferas de explosiones que tuvieron lugar hace muchos años.

—¡Ah, ya sé a lo que te refieres! Mike me habló de eso cuando íbamos hacia vuestra guarida. De todas Cormas no creas que estamos fuera de peligro; los desplazamientos de aire pueden hacernos entrar en barrena.

El aparato seguía perseguido por el fuego incesante de las explosiones y Bud se veía impotente para conseguir escapar de la red luminosa en que se encontraban aprisionados.

—No voy a tener más remedio que remontarme hasta que nuestros enemigos nos pierdan de vista. Claro que si me remonto no podréis saltar. La falta de presión atmosférica haría saltar vuestras arterias.

—De todos modos no tenemos otro remedio —replicó Burton.

Bud atrajo hacia sí los mandos del aparato y la modernísima nave comenzó a tomar altura.

En aquel instante la red luminosa desapareció para dejar paso a las sombras de la noche.

—Algo ha sucedido ahí abajo —comentó Lauren.

Bud aprovechó la situación para imprimir un cerrado viraje al aparato y alejarse a gran velocidad.

—Aprovecharemos este momento para despistarles.

—No creo que lo consigamos —terció Richardson.

—Creo que sí. Llevaré al aparato lejos y volveremos sobre este lugar con los motores parados. De no tener iluminada su red de reflectores no conseguirán captar nuestra presencia.

Bud operó tal como había previsto y se alejó de aquel lugar

haciendo ascender al aparato a gran altura. Luego viró en redondo y se dirigió nuevamente hacia el lugar que habían abandonado, con los motores parados y las luces desconectadas.

—Espero que nos salga bien la maniobra.

La tensión en la cabina había crecido hasta el máximo, Los cuatro amigos guardaban un absoluto silencio, mientras Bud maniobraba con gran habilidad.

—Ya estamos otra vez en el mismo sitio. Preparados para saltar.

Los cuatro seres se dirigieron pesadamente hacia las escotillas de salida.

—Desde aquí abriré las escotillas por medio del mecanismo eléctrico. Una vez lo haga no debéis tardar más de tres segundos en comenzar el lanzamiento.

Burton lanzó una última mirada a la muchacha y ésta sonrió deliciosamente para demostrar su buen ánimo.

— ¡Listos!

—Estamos preparados —contestó Burton.

Bud apretó un botón rojo que tenía bajo su mano izquierda y una sección del fuselaje se descorrió suavemente hacia un lado.

Richardson miró hacia el exterior y se sintió envuelto por la negrura de la noche. Los aparatos de respiración autónoma funcionaban perfectamente y todos estaban, con los nervios tensos, dispuestos a saltar al vacío.

Una mirada de Richardson advirtió a sus compañeros de que iba a saltar. Poco después el macizo cuerpo del profesor se lanzaba al espacio, seguido con precisión matemática por sus amigos.

Bud dio un tirón a los mandos y el aparato ascendió verticalmente a toda velocidad, al objeto de evitar un accidente.

Los cuatro paracaídas se abrieron limpiamente y los audaces aventureros fueron descendiendo.

Bud hizo que el aparato recobrara la línea horizontal y comenzó a volar en círculo, intentando penetrar ron su mirada la oscuridad de la noche que iba tragándose a sus amigos

Pasados unos minutos consultó el reloj que llevaba en el cuadro de mandos. Según sus cálculos los arriesgados aventureros debían haber llegado al suelo.

Un brillo extraño apareció en los ojos de Bud mientras una sonrisa iluminaba vagamente sus labios.

Puso en funciones el piloto automático y el aparato siguió describiendo círculos sobre la zona donde se había producido el lanzamiento. Se levantó de su sillón e hizo unos cuantos movimientos para desentumecerse.

Con paso rápido se dirigió hacia el centro de la cabina donde estaba amontonado en el suelo su equipo de paracaidista.

Con la tranquilidad característica del hombre habituado a estas cosas, revisó minuciosamente el equipo y dio un gruñido de satisfacción. En la mitad de tiempo del que habían empleado sus amigos se colocó el equipo; reguló el aparato de oxígeno y se puso la escafandra. Como un ser fantástico avanzó lentamente hacia el cuadro de mandos. Una pequeña manipulación y el pilotó automático quedó regulado para continuar su camino hacia la Tierra, diez segundos más tarde.

Bud apretó el rojo botón que descorría la escotilla de salida y con paso más rápido se dirigió hacia el rectángulo marcado por la sombra nocturna. Un segundo después saltaba.

CAPITULO XII

BURTON, Richardson y Lauren consiguieron tomar tierra sin ningún percance. Robert ahogó un pequeño grito y luego masculló algunas imprecaciones.

—¿Qué te ha sucedido?

—No ha sido gran cosa. Me he dado un golpe en el hombro que me producirá una buena magulladura.

Burton palpó el hombro de su amigo con gran detenimiento.

—No parece que te hayas roto ningún hueso.

—No creo que haya llegado a tanto —contestó Robert.

Richardson, que había estado observando algunos instrumentos de orientación, rompió el diálogo de los dos amigos.

—Creo que hemos tenido suerte.

—¿Dónde hemos tomado tierra, profesor?

—Si no fallan mis cálculos estamos a unas seis millas de la entrada del valle.

Burton comprobó los instrumentos utilizados por el profesor y dio un suspiro de satisfacción.

—Está usted en lo cierto, profesor. Estamos a unas seis millas de la entrada del misterioso valle. A nuestras espaldas debe encontrarse la poderosa mole del monte Everest.

Instintivamente volvieron sus ojos hacia el lugar indicado por Burton y pudieron observar que no estaban desacertados sus cálculos.

Perdido en la lejanía se levantaba el imponente «Techo del mundo». Las perpetuas nieves que se posaban sobre su cima, resplandecían pálidamente bajo la débil luz de las estrellas.

Burton pensó que aquel monte era un símbolo de la raza humana. Sus altísimas cumbres parecían intentar acercarse al cielo sin conseguirlo. De igual manera el hombre había luchado a través de los siglos por acercarse a la perfección Divina, sin conseguirlo nunca.

—Lo mejor será que instalemos aquí nuestras tiendas de campaña e intentemos reponer nuestras fuerzas —insinuó Robert.

—Me parece una idea excelente —asintió Richardson.

—Eso conviene perfectamente con mis planes —añadió Burton —. Debemos reponer nuestras fuerzas y descansar un poco. Hasta

las seis de la mañana no amanecerá. Podemos continuar nuestro camino a las tres, de forma que lleguemos a las estribaciones del valle al amanecer.

En pocos minutos quedaron armadas las tiendas y Lauren sacó las provisiones que iban a componer la cena, quizá la última, de los expedicionarios.

—No he conseguido que jamás me quitara nada el apetito —comentó en tono alegre el profesor Richard- son. Aunque sean conservas les haré los honores.

—No está bien que desprecie usted así mis artes culinarias —dijo Lauren, cuyo espíritu y valor tenía asombrados a los tres hombres—. Espero hacer una cena que no desmerezca en nada a la que pueda usted tomar en cualquier «restaurante» de los Estados Unidos.

Uniendo la acción a la palabra, la muchacha comenzó a disponerlo todo y, utilizando un pequeño calentador eléctrico, se dispuso a cumplir lo prometido.

Pasados unos segundos el profesor Richardson levantó la cabeza, que tenía inclinada sobre algunos instrumentos y comentó en voz alta:

—-Si nuestros enemigos tienen buen olfato, a buen seguro que ya habrán descubierto nuestra presencia. Lo que usted está cocinando, Lauren, es capaz de resucitar a un muerto.

Cuando los cuatro amigos se sentaron alrededor de la comida preparada por Lauren, pudieron comprobar que la muchacha no había exagerado nada.

Comieron con buen apetito y poco después se acostaron. Todavía no habían cerrado los ojos cuando un poderoso estampido les puso en pie sobresaltados.

—¿Qué ha sido eso?

— ¡Que no me quede un solo pelo en la barba si lo que hemos escuchado no es un cañonazo!

—No me lo ha parecido a mí —dijo Burton.

—A mí tampoco —comentó Robert—.Más bien diría que ha sido un ruido producido por un cuerpo al chocar contra el suelo.

—Coincido contigo, Robert. Mucho me temo que...

Robert frenó con una mirada las palabras que pugnaban por salir de los labios de Burton. Lauren estaba a la expectativa y no había por qué alarmarla.

Pasados unos minutos volvieron de nuevo a las fundas de nylon que les servían de lecho.

Burton y Robert tenían el corazón sobrecogido por la duda, pues

los dos pensaban que aquel ruido no podía haberlo producido más que el aparato pilotado por Bud, al estrellarse contra el suelo.

Unas horas más tarde, Burton despertaba a sus amigos. Las estrellas seguían luciendo en el cielo y un frío horrible entumecía los miembros de los expedicionarios.

Silenciosamente fueron preparándose para su larga caminata.

Habían decidido dejar aquel campamento, llevándose tan sólo lo necesario para afrontar la terrible situación que les esperaba.

Mientras Richardson y Burton hacían las últimas observaciones en los aparatos que debían marcarles su rumbo, Robert desenfundó las armas.

Tres modernos fusiles ametralladores, con una completísima dotación de balas, quedaron a disposición de los tres amigos.

Lauren insistió en tomar parte en el último acto de aquella fantástica aventura y ató a su cintura una silenciosa pistola de nueve tiros.

—¿Preparados?

—Cuando tú quieras, Burton.

—¡Adelante!

La fantástica comitiva emprendió el camino hacia su objetivo. Las escafandras colgaban sobre la espalda y las armas relucían siniestramente bajo el lejano centelleo de las estrellas.

Abría la marcha Burton, seguido de Richardson, a continuación iba Lauren y por último Robert.

El camino hacia el valle donde se encontraba el templo budista presentaba grandes dificultades, pero el esforzado grupo las fue venciendo abnegadamente.

Cada media hora interrumpían su paso para descansar durante breves minutos. Luego continuaban su marcha con la fe inquebrantable que les proporcionaba el saberse protagonistas de la acción más decisiva para la humanidad que pudieran registrar los siglos.

Ya amanecía cuando llegaron al final de su camino.

Burton todavía pudo reconocer sus propias huellas, en el pequeño campamento que montó cuando visitó por vez primera el amplio valle.

—¿Entonces es aquí donde acampaste?

—Sí, Robert. Esa pequeña hondonada que queda a la derecha me sirvió de cobijo hasta que escuché la fantástica melodía que me impulsó a penetrar en el valle.

El grupo se dirigió hacia el lugar indicado por Burton y todos tomaron asiento en el suelo.

—Ha llegado la hora de que decidamos la fase final de nuestro plan, —dijo Richardson.

—La entrada al valle es por ese montículo que se encuentra a pocos metros de nosotros. El templo budista se halla a la izquierda. Si mis previsiones son ciertas ahí se encuentra la causa de todas las desdichas que padece la humanidad.

—Y si no son ciertas —comento Richardson mostrando su buena posición de ánimo—, no sería mala solución que nos quedáramos en ese templo para el resto de nuestros días.

—El plan que tengo es sencillísimo, pero no podemos elegir otro. Cebemos intentar penetrar en el valle sin ser vistos. Llegar hasta el templo e introducirnos en él. El resto de nuestra acción dependerá del recibimiento que se nos haga.

Todos consideraron la lógica del razonamiento de Burton y decidieron seguir adelante, según su orientación.

—Pues cuanto antes emprendamos el camino, mejor —intervino Robert—. Si tenemos alguna posibilidad de sorprender a nuestros adversarios se va esfumando en la medida que avanza el sol sobre el horizonte.

Los cuatro amigos hicieron una última revisión de sus armas y se dispusieron a cumplir la última parte de su misión.

—Esto me recuerda la primera vez que marché hacia la guarida de un tigre —comentó Robert—. También entonces sabía que no tenía más que un disparo a favor mío, y el mismo peligro me atraía con fuerza irresistible.

—El «Hombre de Ayer» es una pieza mucho más peligrosa, Robert. Puedes estar seguro de que seria el mejor trofeo que hayas conseguido en tu vida de cazador.

—Jamás he salido de cacería —dijo Richardson—, pero ésta vale por todas juntas.

—Si el «Hombre de Ayer» nos espera a la otra parte de ese montículo, y es usted quien consigue cobrar esa pieza, le garantizo la presidencia de honor del «Club de Cazadores de Fieras».

—No perdamos ni un segundo más. Hemos de resolver la situación cuanto antes.

Después de las palabras de Burton, los cuatro seres guardaron silencio. Lauren se apretó durante unos segundos contra el pecho de Burton y sonrió mirándole a los ojos

Un efusivo abrazo se cambió entre todos y emprendieron silenciosamente el camino hacia el pequeño montículo que cerraba la entrada del valle.

Todavía no habían alcanzado la cima cuando llegó hasta los

oídos de los expedicionarios la extraña melodía, que tan dramáticamente habían escuchado en otras ocasiones.

—¡La sinfonía de las estrellas! —comentó Burton.

Los Cuatro seres quedaron como petrificados ante la sucesión de sobrehumanas notas, que iban desgranándose por los ámbitos de aquella zona.

De nuevo llegó a sus oídos el sordo rumor de lejanas y trémulas explosiones, los silbidos agudos y penetrantes las notas sincopadas, que parecían escapar de poderosas calderas a toda presión, el lejano chirriar de enormes monstruos celestes, el inigualable susurro de algo que se mueve en el aire transparente o la nota continuada de un violoncello descomunal.

—¡Jamás he oído cosa semejante! ¿Qué es eso, Burton?

—Es la música de las estrellas, Robert. La Sinfonía del Universo, que se mueve incesantemente, en una dinámica sobrecogedora. Estrellas que estallan, convirtiéndose en finísimo polvo cósmico; ágiles cometas que cruzan el espacio a incalculable velocidad; lejanos mundos que van integrándose lentamente para comenzar su vida; la luz que hiende el espacio en todas direcciones. Es la sinfonía de la materia que vive en este gran enigma que nos envuelve, en la obra del Creador que llenan nuestros corazones de angustia y de esperanza.

—Sólo por escuchar esto vale la pena haber llegado basta aquí, Burton.

—Pero no olvides que ese es el símbolo del mayor genio maléfico que han conocido los siglos: El «Hombre de Ayer». Un genio que ha puesto su inmensa sabiduría al servicio del mal. Tal vez un hombre de ciencia que ha perdido la razón y ha utilizado sus conocimientos para sembrar la desolación y la muerte entre los humanos.

La extraña melodía fue descendiendo de tono hasta quedar reducida a un ligero rumor apenas perceptible.

—¿Qué hacemos, Burton? —preguntó Lauren.

—Debemos continuar sin perder un segundo. Siempre que el «Hombre de Ayer» ha puesto en marcha su retractor de ondas, la desolación y la muerte se han esparcido por la superficie de nuestro planeta. Ha ¡legado el momento.

La comitiva se puso en marcha y poco después llegaba a la cima del montículo.

Un ahogado grito de asombro sacudió las gargantas de los cuatro seres.

Ante los ojos se extendía el amplio valle tantas veces descrito

por Burton. La claridad de la mañana permitía descubrir los lejanos confines del mismo. El templo budista sé encontraba a unos centenares de metros, a la izquierda. Pero el resto de lo que descubrían los asombrados ojos, llenaba de desconcierto el espíritu de aquellos esforzados seres.

Ocupando una gran extensión del valle, hasta perderse en la lejanía podía verse a una ingente masa de soldados, en pie de guerra. Donde antes no existía más que la soledad ahora se levantaban los sólidos edificios de acuartelamiento. Un confuso rumor llegaba hasta sus oídos, confundiendo las voces con el ruido de los motores de los automóviles, que caminaban en distintas direcciones.

— ¡No podemos enfrentarnos con todo un ejército! —comentó Richardson con desaliento.

—Hay lo menos sesenta mil soldados, Burton.

Burton miraba detenidamente el extraordinario campamento que se extendía ante sus ojos, y sus músculos se tensaban bajo la piel.

—No, no es posible que fracasemos cuando ya estábamos al final de nuestra empresa —murmuró con voz sorda.

Lauren alargó una de sus manos y oprimió cariñosamente el brazo de Burton.

—Tal vez pudiéramos conseguir una flota aérea que bombardeara este campamento —sugirió Richardson.

—Juraría que hablan en alemán —comentó Robert.

—¡Ahora caigo! ¡Son uniformes alemanes! —exclamó Burton.

—¡Apuesto mi barba a que lo que estoy viendo es !a cruz gamada!

En efecto, el campamento estaba constituido por soldados alemanes, vistiendo el mismo uniforme que empleó en la guerra de 1939. Varios soldados que se habían aproximado hacia el lugar ocupado por nuestros amigos dejaban escuchar claramente sus voces y lucían sus flamantes insignias, que en otros tiempos brillaron bajo el sol de la mayor parte de Europa.

Burton se volvió hacia sus amigos.

—Hemos de continuar nuestro camino.

—¡Pero eso es suicida! —exclamó Robert.

—Somos hijos de una alucinación. Nada de lo que vemos y oímos existe realmente. El «Hombre de Ayer» ha montado su guardia de fantasmas para asustar a quienes pudieran acercarse hacia este lugar. El hombre que dispone del mayor poder destructivo de la Tierra, se encuentra en completa soledad. Tan sólo

algunos fanáticos monjes budistas le guardan y le hacen compañía.

Las palabras de Burton llenaron de confusión a los demás.

—Ha llegado el momento de poner a prueba su teoría, Burton.

—Terrible momento para comprobar semejante cosa, —comentó Robert con acento de preocupación.

—No me preocupa gran cosa perder una vida que se me presenta bajo tan malos auspicios. ¡Por las barbas de mi venerable abuelo, que no es eso lo que me preocupa! Pero temo quemar inútilmente el último cartucho que le queda a la humanidad.

—También yo pienso eso, profesor, pero esas son las condiciones en que tenemos que luchar. No es posible que el «Hombre de Ayer» continúe durante mucho tiempo en este recóndito valle. Nos lo tenemos que jugar todo en esta baza.

—Yo opino como Burton —intervino Lauren—, Si intentáramos traer una flota aérea, capaz de destruir este campamento, si es que realmente son hombres de carne y hueso los que estamos viendo, tropezaríamos con grandes dificultades. Sólo la sorpresa puede darnos la victoria.

—Si en ese templo está el «Hombre de Ayer», con su terrible invento, le bastarían pocos segundos para acabar con el mundo entero. Las ondas sonoras que consigue captar del espacio son capaces de producir una vibración tal que arrasaría la superficie del planeta. Recuerde, profesor lo que sucedió con nuestra base atómica.

—De acuerdo, Burton. Salgamos de esta duda cuanto antes.

Un pequeño grupo de soldados montaba la guardia, a pocos metros de distancia del lugar ocupado por nuestros amigos. Su posición avanzada los hacía estar situados fuera de la línea de visión del monasterio.

—Voy a probar —decidió Burton—. Me acercaré a esos hombres y, si disparan sobre mí sus armas, emprendan la retirada.

Ya iban a protestar Robert y el profesor cuando Burton salió de su escondite y comenzó a caminar hacia los soldados. Su paso era sereno y sus manos empuñaban firmemente el fusil ametrallador.

Lauren tuvo un movimiento instintivo e intentó salir en seguimiento de Burton, pero la mano enérgica de Robert logró impedirlo.

A pesar de la baja temperatura la frente del profesor estaba perlada por gruesas gotas de sudor.

Burton continuó avanzando hasta encontrarse a pocos metros de los soldados. Era' un grupo de seis hombres, que conversaban animadamente, dando la espalda a Burton; éste levantó su fusil y

dijo en voz baja pero firme:

—¡Manos arriba!

Los hombres continuaron hablando y riendo, sin prestar la menor atención a la inesperada orden.

Burton avanzó decididamente y, ante el asombro de Lauren y los dos hombres, atravesó el pequeño grupo sin encontrar ningún obstáculo.

Al estupor de los primeros instantes siguió un momento de indescriptible alegría. Richardson, Lauren y Robert, saltaron de su escondite y se reunieron con Burton.

Su asombro no tenía límite. Los soldados seguían bromeando entre sí como si nada hubiese pasado. Lauren alargó su brazo hacia uno de ellos y su mano sólo encontró el vacío.

—¡No existen! ¡Son como las imágenes de un sueño!

Robert y Richardson hicieron una prueba semejante para convencerse de que no estaban soñando.

—¡Por mis propias barbas! ¡Es lo más extraordinario que he visto en mi vida!

—No podemos perder tiempo —dijo Burton—. En el monasterio hay hombres y pueden vernos. Deslicémonos entre esta multitud de fantasmas y ataquemos de frente el edificio.

Los cuatro amigos comenzaron a caminar entre aquel mundo inmaterial que no oponía la menor resistencia a su paso. Resultaba difícil avanzar atravesando edificios, pasando a través de los seres fantasmagóricos cuya apariencia era tan real, que bacía vacilar a los audaces expedicionarios.

Un automóvil se dirigió, a toda velocidad, hacia Richardson, este no pudo evitar dar un salto, pero dos motoristas que venían detrás se le echaron encima, atravesándolo y continuando su camino, sin dejar la menor huella.

—¡Demonios! —es lo único que pudo exclamar el profesor.

Los cuatro amigos siguieron su marcha hasta llegar a las inmediaciones de la puerta central del templo budista.

Burton detuvo con un ademán a los demás y les dirigió la palabra:

—Robert y yo entraremos en primer lugar, Lauren y el profesor lo harán unos segundos más tarde.

Los dos amigos se dirigieron hacia la puerta y poco después se introducían en el interior del templo.

El edificio era de techo bajo, pero de amplísimas proporciones. Una gran nave rectangular se mostraba ante los ojos de los dos amigos, totalmente desprovista de otros elementos ornamentales

que no fueran algunas columnas esculpidas con alegorías de la vida de Buda.

Al fondo de la nave se levantaba una colosal figura de Buda sentado.

—¡Cuidado, Burton! Allí hay alguien.

Burton miró hacia el lugar indicado por Robert y vio que, frente a la figura del Buda había dos hombres sentados en actitud meditativa.

Richardson y Lauren que se habían incorporado al grupo de los dos amigos, se deslizaron por la pared de la izquierda, mientras Burton y Robert lo hacían por la derecha, avanzando hacia el lugar ocupado por la monumental estatua. Ya se encontraban a pocos metros de distancia cuando Burton lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Es Isvariakrisna!

Los cuatro amigos pudieron observar que una de las figuras era el fantástico ser semidesnudo, que viera por primera vez Burton en aquel valle y que llevó su misterioso mensaje al Gobierno de los Estados Unidos A su lado estaba el anciano Lama que presidió la ceremonia, la fantástica noche en que Burton escuchó por primera vez la extraña música cósmica.

Los dos seres estaban bajo la amenaza de las armas de nuestros amigos.

—Ese hombre parece estar muerto —comentó Richardson.

Burton avanzó unos pasos y tocó en el hombro al fantástico monje. El hombre se desplomó lentamente hacia atrás. Sus ojos estaban abiertos y tenían la mirada fija de la muerte. El otro ser era tan sólo una apariencia, la imagen de un hombre que vivió hacía muchos cientos de años.

—Creo que está todo claro —dijo Burton. Este fantasma del pasado ha sido el señuelo utilizado por el «Hombre de Ayer» para conseguir la colaboración de estos monjes. Por medio de su retractor de ondas ha conseguido captar la imagen de este santón, ofreciéndola a estos hombres, como muestra de su poder.

En aquel momento la gran figura de Buda comenzó a girar sobre un eje invisible, dejando al descubierto un agujero de unos dos metros de diámetro por el cual salieron cuatro hombres armados.

Todo había sucedido tan rápidamente que nuestros cuatro amigos apenas si tuvieron tiempo para aprestarse a la defensa. Una ráfaga de ametralladora zumbó siniestramente junto a sus cuerpos. Burton y Robert replicaron con el fuego de sus armas y un segundo después los cuatro hombres estaban fuera de combate.

—Vamos a ver qué hay ahí abajo.

Sin hacerse repetir la orden, los cuatro aventureros se introdujeron por el agujero que había quedado al descubierto al desplazarse la estatua del Buda.

Una escalera de treinta peldaños los llevó a un amplio pasillo que conducía a una amplísima habitación circular. Dos hombres armados hacían guardia al lado de una pequeña puerta situada al fondo de la habitación. Burton y Robert cayeron sobre ellos como dos rayos y se trabó una lucha feroz entre los cuatro. Burton consiguió colocar un fuerte cabezazo en el estómago de su enemigo, que fue dando tumbos hasta caer a los pies del profesor. Richardson levantó el arma que tenía en la mano y dio un golpe en la cabeza al oriental, que lo dejó sin sentido. En aquel mismo instante el adversario de Robert caía al suelo, fuera de combate, a consecuencia de una serie magistral de golpes recibidos en plena mandíbula.

Salvado pues aquel obstáculo, los cuatro amigos se introdujeron por la pequeña puerta para desembocar en una amplísima habitación que tenía todo el aspecto de un eran laboratorio.

Apenas habían entrado, cuando la luz blanca' que iluminaba el interior del recinto fue cambiada por una fantástica luz verde.

Los cuatro amigos quedaron inmovilizados e incapaces de hacer el menor movimiento, como si unas invisibles ligaduras les atenazaban los miembros. Aquella luz verde inundaba extrañamente su cerebro impidiendo hacer todo movimiento. Provenía de un poderoso foco situado en uno de los ángulos del gran laboratorio.

En la semipenumbra que quedaba en la parte posterior del foco se veía vagamente la silueta de un hombre. Aunque Burton no podía realizar el menor movimiento, su mente estaba despejada y veía con toda claridad cuanto sucedía a su lado. El laboratorio estaba repleto de complicadísimos aparatos, entre los cuales destacaba una gigantesca pantalla. Un ligero zumbido provenía de un colosal aparato circular situado a la izquierda. Centró su mirada y pudo descubrir en la pantalla la figura de Isvarakrisna, tal como la habían visto unos minutos antes.

Aunque Burton no podía presumir el procedimiento seguido por el extraño hombre que se movía en la oscuridad, para conseguir captar las ondas del espacio, tuvo la evidencia de que su teoría había sido cierta. Aquella complicada red de instrumentos constituía el invento más grande de la historia de la humanidad; y aquel ser que se adivinaba en la penumbra, era sin duda alguna el fantástico «Hombre de Ayer».

La extraña luz verde, pensó Burton, tenía un desconocido poder sobre el nervio óptico, que producía una ligera hipnosis, impidiendo el movimiento de los cuatro amigos.

En aquel momento se oyó la voz del misterioso hombre que, hablando en inglés, pero con ligero acento alemán, se dirigía a nuestros amigos,

—El resto de vuestra vida es cuenta de segundos. Habéis osado penetrar hasta aquí y no saldréis vivos. Sois los odiosos enemigos de siempre, pertenecéis al odioso pueblo que nos arrebató la victoria. Destruiré vuestras vidas y destruiré vuestro país —el tono de la voz que hablaba desde las sombras fue creciendo gradualmente—. Destruiré toda la Tierra. ¡La música de las estrellas hará que estalle el mundo entero! Todo volverá al polvo y sólo un grupo de la raza superior continuará viviendo como dueño absoluto del planeta.

Burton intentó con todas sus fuerzas hacer algún movimiento, pero fueron vanos sus intentos. El misterioso ser que hablaba con acento de loco desde la penumbra les tenía enfocados con la extraña luz verde que les inmovilizaba. La voz del hombre iba subiendo de tono hasta convertirse a veces en un profundo alarido, al que seguía una maldición o una carcajada escalofriante. Ninguno de los cuatro amigos dudaba de que se las tenían que entender con un loco.

—Sois los últimos seres de la raza que odio, que veré vivos.

—¡Oíd! ¡Oíd la sinfonía de la muerte, que comienza a desgranar sus notas como responso a vuestros malditos pueblos!

A los oídos de los cuatro paralizados amigos comenzó a llegar la extraña música que habían escuchado en tan fatídicas ocasiones.

El «Hombre de Ayer» se movía en la semipenumbra accionando distintos aparatos; el suave zumbido que llenaba la habitación fue creciendo de tono, mientras la sinfonía de las estrellas iba aumentando su volumen.

—¡Esto que escucháis aquí no es más que una pequeña referencia de lo que ahora oyen todos los pueblos de la Tierra! ¡Las ondas sonoras van creciendo y los seres humanos sienten su cerebro atravesado por ardientes flechas. La materia empieza a vibrar, hasta que estalle en finísimo polvo!

Burton se dio cuenta de un gran indicador situado en la pared de la derecha. Una aguja luminosa se iba moviendo lentamente hacia un lugar de la esfera marcado con el número cero.

La voz del «Hombre de Ayer» se dejó escuchar de nuevo.

—¡Ya quedan pocos segundos! ¡La Gran Victoria se acerca! ¡Cuando la aguja marque el número cero todo habrá terminado!

Los cuatro amigos estaban colocados en situación oportuna para

observar el fatídico avance de la aguja luminosa. Había recorrido la mayor parte de su trayecto y. se encontraba a pocos segundos del punto marcado con el cero. Burton intentó desesperadamente romper la inmovilidad en que estaba sumido, pero todos sus esfuerzos fueron en vano. Ya había perdido toda esperanza de evitar que se consumara la catástrofe, cuando el agudo silbido de un disparo atronó el interior del laboratorio. El hombre que se movía en la sombra dio un ligero grito y se desplomó, arrastrando el foco verde en su caída. La habitación quedó de nuevo iluminada por la blanca luz que habían visto al principio. El «Hombre de Ayer» yacía de bruces en el suelo sin manifestar el menor síntoma de vida.

Los cuatro amigos recobraron la facultad de moverse. Burton se volvió hacia la puerta de entrada desde la cual había surgido el disparo. Una silueta familiar aparecía en el dintel de la puerta, con el arma humeante en las manos.

—¡Bud!

El recién llegado cayó en brazos de sus amigos.

—¡Gracias a Dios que he llegado a tiempo!

Burton se repuso de la sorpresa y dirigió su mirada hacia el fatal indicador. Con alegría vio que la luminosa aguja había iniciado el camino de retroceso, mientras que el extraño rumor cósmico iba decreciendo en intensidad.

Con paso rápido se dirigió hacia el cuerpo caído del «Hombre de Ayer». Cuando le dio la vuelta pudo ver la cara de un anciano, de pelo blanquísimo, a quien la muerte había devuelto toda la nobleza de un rostro inteligente.

Burton registró los bolsillos del hombre mientras los demás amigos se acercaban para contemplar con piedad el cuerpo sin vida que yacía a sus pies.

—¿Quién será este hombre?

—Quizás en esta cartera encontremos la identidad de este misterioso personaje —dijo Burton..

Cuando abrió la cartera apareció ante los ojos de los cinco amigos una vieja fotografía que representaba a un hombre de treinta a treinta y cinco años. Vestía el uniforme militar del ejército alemán de la última guerra y sobre su pecho lucía la Cruz de Hierro. Apenas Richardson le lanzó una ojeada cuando exclamó con asombro.

—¡Kaumman! ¡Es Ernest Kaumman!

La mirada de los cuatro amigos se dirigió hacia el profesor Richardson en una muda pregunta.

—Por casualidad conozco esa fotografía. La tengo en una revista

científica publicada en el año 1940 y que yo tengo archivada. Se trata del profesor Ernest Kaumman, uno de los científicos más prometedores del Tercer Reich. Pertenecía a la sección de armas secretas y desapareció al final de la guerra. Durante algún tiempo se tuvo la convicción de que había sido hecho prisionero por los rusos. La noticia fue perdiendo actualidad más tarde, y por último no quedó de él más que algunos trabajos muy interesantes, pero sin terminar.

—Aquí se encierra la continuación de esos trabajos —comentó Burton. Durante cincuenta años este hombre prosiguió sus investigaciones hasta descubrir el retractor de ondas que puso a sus pies a la humanidad entera. Fantástico objetivo que sólo este hombre ha podido alcanzar, aunque sólo haya sido por el breve espacio de unos días.

El anciano sabio yacía en el suelo, con su débil cuerpo encogido bajo el abrazo de la muerte. El afortunado disparo de Bud le había atravesado el corazón, produciéndole la muerte instantánea. En la pálida cara, enmarcada por el largo y blanquísimo pelo, refulgía bajo la blanca luz su frente despejada. Sus labios se habían distendido y parecían mostrar una sonrisa Parecía mentira que aquel rostro inteligente perteneciera al mismo ser que poco antes vaticinaba con acento feroz la destrucción del mundo.

Lauren murmuraba tenuemente una oración por el alma de aquel hombre que había vivido en su inexpugnable castillo de rencor y de odio. Los cuatro hombres miraban con piedad la yacente figura y meditaban sobre lo efímero del poderío humano.

—Hubiera dado cualquier cosa por tener una conversación con este hombre —murmuró el profesor

Richardson—. Detrás de su amplia frente se ocultaban conocimientos que no podemos ni imaginarnos.

—Pero también se ocultaba la locura —comentó Burton—. En otras condiciones se le habría considerado como uno de los más grandes hombres de la humanidad. Un avatar de su existencia, del que él no era responsable, le puso en el camino del rencor y del odio, de forma que su soberbia oscureció su grandeza.

—Menos mal que tenemos aquí su invento —comentó Richardson—. Cuando el mundo haya vuelto a su normalidad, estudiaremos detalle por detalle y pieza por pieza, este maravilloso mecanismo para arrancarle su secreto.

Los cuatro hombres y la mujer apartaron sus ojos de la figura de aquel hombre, que ahora podía llamarse con razón «El Hombre de Ayer», sin que estas fatídicas palabras tuvieran el tinte siniestro que

las caracterizaba unas horas antes.

Con gran curiosidad fueron inspeccionando los distintos y complicados instrumentos que llenaban el laboratorio. Poderosos ciclotrones. Un gran electroimán de incalculable potencia, brillantes tubos de platino y esferas de coloreados cristales, toda una gama alucinante de extraños aparatos, se mostraba a la curiosidad de aquellos seres.

Desde aquel laboratorio, escavado bajo el templo budista, «El Hombre de Ayer» había enviado la muerte a millones de seres inocentes.

—Nos costará varios años penetrar el secreto de estos instrumentos —comentó Richardson.

Burton volvió sus ojos hacia el profesor de la rojiza barba, luego los dirigió de nuevo hacia los complicados mecanismos que tenía ante sus ojos,

—No, profesor. Ningún país de la Tierra debe poseer este secreto. La Humanidad tiene derecho a vivir sin la amenaza de un arma que pueda acabar con ella. El progreso humano no debe ser superior al progreso de la conciencia de los hombres.

Richardson meditó durante unos instantes en las serenas palabras pronunciadas por su amigo. Su mano derecha acariciaba suavemente la roja barba que le caracterizaba.

—Creo que tiene razón, Burton. Me moriré de curiosidad por conocer este secreto, capaz de colmar las más grandes ambiciones de cualquier científico, pero también el corazón del hombre guarda profundos secretos y debemos esperar hasta que se descubran. Esta arma podría acabar con todas las esperanzas del género humano.

Los cinco seres hicieron el pacto tácito de destruir aquel fantástico laboratorio.

—¡Si tuviéramos una buena carga de explosivos…! —murmuró Burton con añoranza.

Un leve ruido a sus espaldas les hizo volverse precipitadamente. Lauren lanzó un breve grito de sorpresa y los cuatro hombres levantaron sus armas. En la puerta de entrada al laboratorio había aparecido un hombre. Su bata amarilla y su cabeza pelada, lo denunciaban claramente como uno de los monjes del monasterio.

—La Quietud Absoluta sea con vosotros —dijo en un inglés bastante aceptable.

—¿Qué es lo que pretende? —interrogó Richardson.

—Nuestro Padre ha muerto, hemos venido a recoger su cuerpo. «El Hombre del Mal» ha muerto también y yace a vuestros pies. El mundo seguirá encadenado a la Rueda Infinita por los muchos

pecados de los hombres.

—¿Conocías a este hombre? —preguntó Burton.

—Sí. Cuando mis hermanos y yo vinimos al monasterio, ya estaba acogido al asilo de nuestro Lama. Había hecho revivir a Isvarakrisna y convenció a nuestro Lama de que era la voluntad del Inmóvil que todos le ayudáramos en sus proyectos. Luego mandó a nuestros hermanos de raza a conquistar las grandes naciones del mundo; pero nosotros nos dimos cuenta que no luchaba con Bondad, que sólo eran fantasmas lo que traía ante nuestros ojos, que Isvarakrisna seguía sumido en su largo sueño y que pecábamos conviviendo con ese hombre. Entonces, mis hermanos y yo abandonamos el monasterio. Hoy hemos vuelto porque ha muerto nuestro Lama y hemos de cuidar de su muerte como él cuidó de nuestra vida.

Acabadas de pronunciar estas palabras, el hombre dio media vuelta y se dirigió hacia las escaleras que conducían a la planta superior.

Los cinco amigos le siguieron y vieron el impresionante espectáculo de los monjes que rodeaban la exánime figura del anciano Lama.

—Creo que debemos marcharnos —insinuó Robert.

Burton se dirigió nuevamente al monje.

—Vamos a irnos. Este templo guarda un secreto que ha causado el dolor y la muerte a muchos millones de seres.

—Ya lo sé. Es el laboratorio de «El Hombre del Mal». Mis hermanos y yo hemos decidido purificar este lugar. Marchaos tranquilos. En los sótanos hay una gran cantidad de explosivos de los que se utilizaron para socavar la roca, donde se construyó el laboratorio. Marchaos tranquilos y dejadnos que honremos a nuestro Padre.

Los cinco amigos ganaron la salida y se dirigieron hacia el montículo que cerraba la entrada del valle; el fantástico ejército había desaparecido y el sol iluminaba su gran soledad. Con paso decidido emprendieron el camino y media hora más tarde se encontraban en el punto desde el cual habían partido para escalar la pequeña montaña.

Los cinco amigos se sentaron en el suelo e ingirieron algunos alimentos en frío que llevaban en los bolsillos. La tensión nerviosa que habían padecido les hizo tomar un largo descanso. A sus oídos llegaba el lejano rumor de los cánticos de los monjes que procedían a realizar sus ritos funerarios. Luego, el rumor se fue perdiendo en la lejanía.

—Tendremos que reanudar nuestro camino —sugirió Burton—. Con los escasos medios de que disponemos, nuestra vuelta, hasta encontrar seres humanos que nos ayuden, será muy difícil. Nuestra primera etapa debe ser el campamento que abandonamos y desde el cual comunicaremos con Mike.

Ya se disponían a emprender el camino cuando una formidable explosión atronó el espacio.

— ¡El Templo! —exclamó Lauren.

Los cinco seres salieron disparados hacia el montículo que dominaba la entrada del valle. Cuando llegaron allí vieron que una espesa nube de humo se elevaba al cielo desde el lugar que ocupaba el Templo. El edificio permanecía en completa ruina y hasta la tierra había sido removida por la poderosa explosión, al extremo de que pudieron reconocer, dispersadas aquí y allá, muchas de las piezas que constituían los complicados mecanismos del laboratorio.

Tan abstraídos estaban en la contemplación que no se dieron cuenta de dos seres que se aproximaban, llevando de la brida dos pequeños pero resistentes caballos, cargados con víveres y utensilios.

Cuando, al fin, se percataron de su presencia, vieron con sorpresa que los dos monjes, pues tales eran, les sonreían amistosamente.

—Nuestro nuevo Lama nos envía para que os acompañemos hasta la próxima aldea.

La noticia fue acogida con entusiasmo y pronto se pusieron en camino hacia el campamento de los expedicionarios. Cuando llegaron, Burton comunicó con Mike y éste aceptó con alegría la noticia y les prometió entrar en acción rápidamente para terminar el último acto de aquel drama.

Tras un breve descanso, los cinco americanos y sus acompañantes, continuaron su camino.

Una sonrisa iluminaba sus rostros, bajo el sol de la tarde.

F I N

COLECCION
LUCHADORES DEL ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

1.—Los hombres de Venus, *George H. White.*
2.—El planeta misterioso, *George H. White.*
3.—La ciudad congelada, *George H. White.*
4.—Cerebros electrónicos, *George H. White.*
5.—Pánico en la Tierra, *Alf. Regaldie.*
6.—La Horda amarilla, *George H. White.*
7.—Policía sideral, *George H. White.*
8.—La I. P. n.º 1, en peligro, *Alf. Regaldie.*
9.—Rumbo a lo desconocido, *George H. White.*
10.—Los Hombres Araña de Júpiter, *Alf. Regaldie.*
11.—La abominable bestia gris, *George H. White.*
12.—La Conquista de un Imperio, *George H. White.*
13.—El Reino de las Tinieblas, *George H. White*
14.—Dos mundos frente a frente, *George H. White.*
15.—Salida hacia la Tierra, *George H. White.*
16.—Venimos a destruir el mundo, *George H. White.*
17.—Guerra de Autómatas, *George H. White.*
18.—Piratas del Espacio, *Alf. Regaldie.*
19.—Errantes en el infinito, *Alf. Regaldie.*
20.—El Misterio de los Hombres de Piedra, *Alf. Regaldie.*
21.—Trágico destino, *Alf. Regaldie.*
22.—Si los mundos chocan, *Alf. Regaldie.*
23.—Redención no contesta, *George H. White.*
24.—Mando siniestro, *George H. White.*
25.—División equis, *George H. White.*
26.—Robinsones cósmicos, *George H. White.*
27.—Muerte en la estratosfera, *George H. White.*
28.—Destructores de mundos, *Alf. Regaldie.*
29.—D-3, Base de monstruos, *Alf. Regaldie.*
30.—El Enigma de Acrón, *Alf. Regaldie.*
31.—Apocalipsis atómica, *Alf. Regaldie.*
32.—¡Ha muerto la Tierra!, *Joe Bennett.*
33.—Invasión nahumita, *George H. White.*
34.—Mares tenebrosos, *George H. White.*
35.—Contra el Imperio de Nahum, *George H. White.*
36.—La guerra verde, *George H. White.*
37.—Amenaza latente, *Larry Winters.*
38.—Los hombree de Noidim, *Larry Winters.*
39.—La nueva patria, *Larry Winters.*
40.—El hombre rojo de Tacom, *Walter Carrigan.*

41.—El reino de las sombras, *Walter Carrigan.*
42.—Las bases de Tarka, *Walter Carrigan.*
43.—El *Kipsedón* sucumbe. *Walter Carrigan.*
44.—Motín en Valera, *George H. White.*
45.—El enigma de los hombres planta, *George White.*
46.—El azote de la humanidad, *George H. White.*
47.—La ruta de Marte, *Larry Winters.*
48.—Expedición al Eter, *Larry Winters.*
49.—Fugitivos en el Cosmos, *Larry Winters.*
50.—Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters.*
51.—Amor y muerte en el Sol, *Mike Gradson.*
52.—Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett.*
53.—Tierra de enigmas, *Joe Bennett.*
54.—Asteroide maldito, *Joe Bennett.*
55.—Operación cefeida, *Profesor Hasley.*
56.—El Atom S-2, *George H. White.*
57.—El coloso en rebeldía, *George H. White.*
58.—La bestia capitula, *George H. White.*
59.—El Enigma Cósmico, *Profesor Hasley.*
60.—Extraño Visitante, *George H White.*
61.—Más allá del Sol, *George H. White.*
62.—Los hombres de Alfa, *Profesor Hasley.*
63.—Entropía, *Profesor Hasley.*
64.—Marte, el enigmático, *George H. White.*
65.—¡Atención... Platillos volantes!, *G. H. White*
66.—Raza diabólica, *George H. White.*
67.—Un astro en el camino, *C. Aubrey Rice.*
68.—Intruso sideral, *Profesor Hasley.*
69.—Llegó de lejos, *George H White*
70—Cuando el monstruo ríe, *Alf. Regaldie.*
71.—Heredó un mundo, *George H. White.*
72.—Desterrados en Venus, *George H. White.*
73.—La legión del Espacio, *George H. White.*
74.—Bolas Blancas de Yereblu, *C. Aubrey Rice.*
75.—La Ciudad Submarina, *Red Arthur*
76.—Pánico en los espacios Siderales, *Karel Sterlin*
77.—El mundo sumergido, *Profesor Hasley.*
78.—Base Sakchent núm. 1, *Profesor Hasley.*
79.—Sosias infernales, *Karel Sterling.*
80.—Gan-X, *C. Aubrey Rice.*
81.—«Ellos» están aquí, *George H. White.*
82.—El enigma de C. O. E., *Profesor Hasley.*
83.—La gran amenaza, *Profesor Hasley.*
84.—Los mares vivientes de Venus, *Karel Sterling.*
85.—¡Piedad para la Tierra!, *George H. White.*
86.—Despertar en la tierra, *Larry Winters.*
87.—El mundo perdido, *Larry Winters.*
88.—La sinfonía cósmica, *Profesor Hasley.*
89.—El hombre de ayer, *Profesor Hasley.*